LA POLITICA EXTERIOR DE ESPAÑA EN EL TRIENIO CONSTITUCIONAL (1820-1823)

PROLOGO

El acontecimiento más relevante de política exterior durante el Trienio Constitucional lo constituye la intervención francesa.

Hemos querido integrar nuestro estudio del pequeño período de 1820-1823, en un panorama más amplio de política europea. Ello está exigido por la índole misma de la realidad que nos ocupa. Si toda vida nacional es compleja por los diversos aspectos que presenta relacionados entre sí, las relaciones internacionales participan de esa complejidad y es necesario colocar las rivalidades de intereses entre los estados, en un cuadro general de la situación política, social, económica, así como también de las ideas subyacentes que originan los cambios. Es indudable, y la historia europea lo confirma en cada uno de sus momentos importantes, el valor relevante de las ideas en su dialéctica histórica. Las ideas bien estructuradas terminan por imponerse a las inteligencias; de ellas brota una conducta que se traduce en un quehacer social que se expresa por medio de instituciones que expanden y llevan adelante esas ideas. Es esta concepción la que nos ha llevado a fijar de manera introductoria, las fuerzas profundas que tienen vigencia aproximadamente en la primera mitad del siglo XIX.

Por ello nuestro punto de partida es preguntarnos por los principios político-jurídicos internacionales vigentes en la época, pues en ellas está inscrita la intervención francesa. Sabemos que el derecho internacional progresa en la medida en que realiza intentos ordenadores, en situaciones decisivas para la convivencia internacional. Ciertas coyunturas internacionales han servido —a propósito de lo que en ellas se ha establecido como norma— para establecer leyes, que el derecho internacional ha incorporado luego como definitivas; son ocasiones de reunión conjunta de la que surgen los principios internacionales que rigen la convivencia internacional durante lapsos

relativamente grandes. El Congreso de Viena, que se reúne después de la derrota napoleónica, es una de esas ocasiones a la que hacemos referencia; intentó ordenar el mapa europeo y marca una fecha en la historia de las relaciones internacionales.

La tarea de los aliados, luego de vencer a Napoleón, es la reconstrucción de un mundo en que todo ha cambiado, hasta la idea misma de Estado. El Congreso se propone por un lado, conseguir un relativo equilibrio de fuerzas al repartir las conquistas napoleónicas y por otro lado establecer un sistema que asegure la paz europea por muchos años, luego de los cambios políticos y sociales producidos por la expansión de las ideas de la Revolución Francesa.

El estatuto territorial establecido en Viena permanece vigente en Europa hasta el año 1870, en que será alterado por la presencia dominante de Prusia en el continente. Notemos, solamente de paso, que la potencia que aparenta salir fortificada del Congreso de Viena es Austria; paradójicamente aunque ella soluciona durante varios años los problemas europeos, manteniendo vigentes los principios de la Restauración, por medio de la Santa Alianza, es Prusia la potencia que se prepara para ejercer la hegemonía en Europa.

El Congreso de Viena está signado por la rivalidad entre dos imperios mundiales, Gran Bretaña y Rusia. Destacar esta rivalidad nos será útil para comprender las líneas directrices de este período, que estará presidido por el principio del equilibrio europeo hábilmente impuesto por Inglaterra. El gobierno inglés se propone, con los acuerdos de Viena, asegurar su predominio marítimo, —obtenido en Utrech— estableciendo el equilibrio de las potencias europeas entre ellas. Las vías marítimas deben quedar bajo su control para poder ejercer el comercio, que tiene como ámbito propio los imperios ultramarinos; por ello se reserva la solución de las cuestiones extraeuropeas, las hace objeto exclusivo de su política y no permitirá que sean introducidas en el Congreso de Viena, ni discutidas en los Congresos de la Santa Alianza, para alejar de esta manera a las potencias continentales de su esfera propia y especialmente a Rusia. En Viena estaba en juego la supremacía del mundo, Inglaterra condujo hábilmente la política de equilibrio al servicio de su hegemonía marítima del mundo.

En este marco debe situarse la creación de la Santa Alianza, réplica rusa al tratado inglés de Garantía del 20 de noviembre de 1815. La Santa Alianza, cuyos fines eran primordialmente religiosos

y éticos, busca establecer un sistema político que secunde los objetivos de predominio continental del zar; es un pacto entre soberanos, no entre gobiernos. De hecho se convirtió en un instrumento en manos de Austria, para extirpar cualquier brote liberal en Europa. Metternich le imprimió un carácter anti-liberal y anti-revolucionario.

Los aliados que quisieron encuadrar el mapa europeo con los tratados de Viena, temían que el peligro revolucionario surgiera en Francia. Pero Francia se mostró prudente —la política reaccionaria de los ultra producirá un resurgir revolucionario en 1830— y el peligro surgió de otros puntos. España y la revolución de 1820 fueron el punto de partida, la fuente donde se inspiraron los movimientos revolucionarios de este período, que se realizaron en Nápoles, Piamonte y Portugal. La revolución del año 1820, puso en vigencia la Constitución de Cádiz de 1812, —reconocida por la mayor parte de los gobiernos europeos— que se constituyó en el modelo del constitucionalismo liberal. Su régimen de cámara única la constituye en la más democrática de las constituciones vigentes en ese momento en Europa; al mismo tiempo que despierta oposición de parte de las monarquías absolutas. Podemos afirmar que el constitucionalismo liberal del siglo XIX comienza en Cádiz.

Merece ser destacado que estos movimientos, las “revoluciones militares” como se las llama en los documentos de la época, son una manifestación de los cambios operados por las guerras napoleónicas en el continente. La burguesía aspira a cumplir un papel en la conducción política de los Estados, las fuerzas conservadoras que detentan el poder les impiden el acceso a él; por ello se agruparán en sociedades secretas y en unión con el ejército —en general antiguos oficiales del ejército imperial— realizan los “pronunciamientos”, rebelión militar que les permite la llegada al gobierno. Su objeto es adoptar una constitución que asegure las conquistas burguesas.

Estos movimientos no alteraban el estatuto territorial establecido por el Congreso de Viena, pero constituían una amenaza para el orden político y social. La Santa Alianza reunirá Congresos, que intentan poner fin al peligro que estas revoluciones significan para Europa, mediante el principio de intervención. El mandato europeo que Austria recibe de restaurar el orden en Italia, consigue ahogar por varios años los movimientos liberales y evitar su propagación por el continente. Habrá que esperar hasta 1830, en que se produce una oleada revolucionaria que se origina en Francia y se expande a la

mayor parte de los países europeos, favoreciendo el éxito de las nuevas fuerzas que consumarán su triunfo definitivo en 1870.

La revolución española de 1820, además de constituirse en un foco de propaganda liberal, adquiría día a día mayor virulencia y ponía en peligro la vida del rey y su familia. Las potencias absolutistas reunidas en el Congreso de Verona, acuerdan la intervención a España; Francia recibe igual mandato con respecto a España que el que Austria ejerció en Italia.

Pero en la intervención a España, juega un papel relevante la situación política interna de Francia. A fines de 1821, los ultras alcanzan el poder y buscan devolver a Francia su rango de potencia política en el concierto europeo. La invasión a España es la ocasión para neutralizar los fracasos sufridos años antes. La intervención se realizará a pesar de la fuerte oposición inglesa; Francia obtiene éxito en su objetivo de devolver a la nación su prestigio de gloria después de los desastres de 1815.

El liberalismo español fracasa, no sólo militarmente, sino también en el intento de gobierno realizado durante el Trienio; la imagen internacional de España en esa época presenta características de caos y anarquía.

El Congreso de Verona y la expedición de los "1000.000 hijos de San Luis", es un éxito atribuido a la Santa Alianza, pero constituye al mismo tiempo su último éxito. La solidaridad entre las potencias se rompe, Inglaterra desautorizó la política de intervención, el concierto europeo en los asuntos continentales había desaparecido. Se avecinaban nuevos tiempos.

I

EL CONGRESO DE VIENA

Para estudiar la política exterior de España en el Trienio Constitucional, debemos partir del momento en que se establece el estatuto político internacional, que tiene vigencia en el período que abarca nuestro estudio.

En 1815 se realiza un esfuerzo de ordenación del mapa europeo, como consecuencia de los profundos cambios sufridos durante las guerras napoleónicas. La presencia de Napoleón en Europa significó la expansión de las ideas de la Revolución Francesa; las bases

sociales y políticas habían sido conmovidas, las conquistas territoriales habían desplazado fronteras; era necesario pues encuadrar nuevamente el continente europeo; es lo que se propone el Congreso de Viena.

Pero fundamentalmente y sobre todo, su principal objetivo será restablecer la paz luego de tantos años de guerras. Esa paz, para que sea duradera, debe lograr un relativo equilibrio de fuerzas que impida a cualquiera de las potencias europeas reeditar una nueva experiencia napoleónica. Esta solución de equilibrio, está preconizada por Inglaterra; el equilibrio se convierte para ella en el medio más seguro de garantizar su supremacía marítima, iniciada en Utrech. Para ello tendrá que enfrentarse a Rusia que busca imponer su hegemonía en el continente. Trataremos de desentrañar el contenido preciso que para Inglaterra significa la solución de equilibrio continental, que ella postula.

España, por otra parte, se presenta en el Congreso de Viena, con el prestigio que le otorga la guerra de la independencia. Terminada la guerra ella debe afrontar —entre varios— dos graves problemas de política exterior. Por un lado la emancipación de las colonias americanas, iniciada durante la invasión napoleónica, y por otro lado su integración en la nueva realidad que presenta Europa. Su actuación en el segundo caso, por los fines limitados que se propone y la ausencia de un equipo diplomático capacitado, la conduce a representar un papel pasivo en las decisiones de política mundial y en consecuencia, se produce su descenso a la condición de potencia secundaria.

El Congreso de Viena se verá reforzado por el Pacto de Garantía, del 20 de noviembre de 1815, firmado después de la derrota por segunda vez de Napoleón en Waterloo. Realizado por Inglaterra estaba dirigido contra Francia; Napoleón y su familia quedó excluido para siempre del trono francés. Los aliados se oponían de esta manera, a toda nueva tentativa francesa con objeto de modificar sus fronteras.

El zar propone, como réplica al tratado inglés de Garantía, una alianza con fines religiosos y místicos, la Santa Alianza. En el momento de su creación no pasa de ser una mera declaración de intenciones sin compromisos políticos. Su fin era establecer un nuevo sistema político centrado en Rusia, objetivo que no logra alcanzar. La Santa Alianza triunfará luego de 1818, en que Metter-

nich la convierte en el gran medio para ejercer su política contrarrevolucionaria y antiliberal.

Trataremos de señalar las líneas principales del Congreso de Viena —muy complejo en sus negociaciones— que nos ayuden a comprender el estatuto político internacional vigente en la época del Trienio Constitucional¹.

Derrota de Napoleón. 1º Tratado de París

Inglaterra fue, durante muchos años, la inspiradora de las sucesivas coaliciones que se formaron contra Napoleón. La última es también obra de ella; por el tratado de Chaumont, Inglaterra consigue reunir a Austria, Prusia y Rusia en una alianza que duraría 20 años, cuyo fin era terminar la guerra que desde hacía 15 años asolaba a Europa, y asegurar la paz en el futuro. El primer objetivo se cumplió, los aliados vencen a Napoleón y éste abdica en Fontainebleau el 6 de abril de 1814.

Las potencias aliadas se dedicaron inmediatamente a establecer las condiciones de paz que debían imponerse a Francia. El 30 de mayo del mismo año se firmó el 1º tratado de París. Por medio de él, se fijan los límites de Francia, se establecen sus posesiones coloniales y se encara el problema de la forma de gobierno. Francia, después de su aventura napoleónica, es retraída, por disposición de los aliados, a sus antiguos límites del 1º de enero de 1792. En cuanto a sus posesiones de ultramar, recobra sus antiguas colonias, excepción hecha de Tobago y Santa Lucía, la isla de Francia —hoy isla Mauricio— y sus dependencias, que pasaban a poder de Inglaterra. La parte de Santo Domingo, adquirida en la paz de Basilea, volvía a España. Renunciaba también a los derechos de soberanía y pose-

¹ Para el estado actual de la investigación sobre el Congreso de Viena véase (con abundante bibliografía) PIRENNE, JACQUES HENRI: *La Sainte Alliance, organisation européenne de la paix mondiale; les traités de paix 1814-1815* these présentée à la faculté de lettres de l'Université de Genève). Genève, 1946, 290 p. También las siguientes obras de conjunto: BIGNON, M.: *Los gabinetes y los pueblos desde el año 1815 a fines de 1822*. Madrid, Imprenta de E. Alvarez, 1823, 144 p.; FERRERO, GUGLIELMO: *Reconstruction, Talleyrand à Vienne, 1814-1815*. Paris, Librairie Plan, 1944, 372 p. Como obras generales véase: The New Cambridge Modern History, *War and Peace in an Age of Upheaval*. 1793-1830, ed. by C. W. CRAWLEY. Cambridge, 1963; FUGIER, ANDRÉE: *La révolution française et l'Empire napoléon*, en *Histoire des relations internationales* publiée sous la direction de P. Renouvin, t. IV. Paris, Librairie Hachette, 422 p.

sión sobre los territorios que ella abandonaba. El artículo 31 del tratado establece, que "en el plazo de dos meses debía reunirse un Congreso que terminará lo comenzado en París"².

Cuando se plantea el problema de la forma de gobierno para Francia, el zar Alejandro I, en su intención de ganar aliados, propone que el pueblo francés elija libremente. La solución del problema la presenta Talleyrand, que maniobró con gran habilidad y obtuvo que los senadores llamaran a Luis XVIII. Esta restauración, se hace en nombre del principio de legitimidad, que entra a jugar un papel relevante en el proceso de la Restauración. En nombre de él se restaura el Antiguo Régimen y Luis XVIII afirmará lo que "el principio llevaba implícito": el carácter divino de los reyes y la herencia de sus antepasados". De esta manera se coloca "en el pleno ejercicio de sus derechos y el problema de las fronteras queda zanjado"³. El trono es herencia de sus antepasados, su posesión le corresponde.

El zar quedó frustrado en sus esperanzas de influencia en el nuevo gobierno francés, Luis XVIII se vuelve hacia Inglaterra a quien reconoce implícitamente, como la potencia que gestionó su regreso al trono.

Los objetivos de las potencias aliadas

El tratado de Chaumont encaraba el acuerdo de los aliados en su lucha contra Napoleón, pero nada decía de otro aspecto que sería fundamental para el futuro: la distribución de los territorios ocupados y ahora dejados libres por la derrota de Napoleón. Este será el problema fundamental del Congreso de Viena, repartir las conquistas napoleónicas; este reparto opondrá a los aliados, unos contra otros. Los intereses de las potencias aliadas eran ambiciosos y se oponían excluyéndose entre ellos. Cada potencia llegó a la paz con la mayor parte de sus ambiciones fijadas de antemano, con respecto a los territorios en litigio.

Comencemos por fijar los fines de Rusia. Tiene, luego de su lucha contra Napoleón en pie de guerra, el ejército más grande de Europa; es la potencia de mayor cantidad de habitantes, se convertirá en el Estado temido por los aliados, el único que se encuentra en condiciones de reeditar la experiencia napoleónica, su enemiga.

² FUGIER, A.: op. cit., p. 301.

³ TALLEYRAND: *Memorias*. Barcelona, Editorial Mateu, 1962, pp. 323-330.

es Inglaterra. El zar sabe que no puede competir con ella en el campo marítimo, pues no posee una armada suficiente como para lanzarse a aventuras extraeuropeas. El camino de los mares le está cerrado, por ello, busca "atraer a su política a las tres potencias marítimas europeas: España, Francia, Holanda, quiere servirse de ellas para oponerlas a Inglaterra y conseguir de esa manera la supremacía en el continente"⁴. Gran Bretaña se opondrá a la expansión rusa sobre el continente por medio del equilibrio de las potencias, principio hábilmente manejado por ella en Viena; por otra parte excluye de los temas del Congreso las cuestiones marítimas, y se asegura de esa manera la supremacía sobre los mares.

Inglaterra es la potencia, que tiene más clara conciencia del cambio que se ha producido en la estructura económica del continente, a consecuencia de las guerras napoleónicas. Durante los años del bloqueo continental, llevada por la necesidad, intensificó los lazos económicos con los países americanos desvinculados de España, por la situación de la península. Los nuevos mercados adquiridos en ese lapso eran vitales para su comercio, por esta razón en el pacto de Chaumont deja establecido que el *casus federi* que debe unir a la cuádruple alianza, quede restringido sólo al continente. Afirma su política de separar los asuntos continentales de los extra europeos y rechazará cualquier intervención de los países europeos, en los asuntos coloniales y americanos. Ese ámbito le es propio y encara estas cuestiones, por medio de tratados firmados con cada una de las potencias por separado.

Austria coincide con la política inglesa en la oposición a la expansión rusa en el continente. Austria temía que Europa pasara del dominio de Francia al dominio del zar, por eso se constituirá en la gran aliada de Inglaterra para imponer en el Congreso de Viena, el principio del equilibrio europeo.

Prusia, por su parte, se dirige al congreso dispuesta a exigir compensaciones, por los territorios cedidos al zar. En efecto, Prusia firmó el 27 de febrero de 1813, el tratado de Kalisch, por el cual renunciaba a Varsovia. El territorio fue ocupado por las tropas del zar cuando Napoleón se retiró, y el gobierno de Berlín exigirá compensaciones semejantes al territorio entregado.

España, por la índole del trabajo, será estudiada en particular.

⁴ PIRENNE, J. H.: *op. cit.*, p. 102.

Cuando los aliados llegan a Viena, han quedado establecidos algunos supuestos, a partir de los cuales el Congreso iniciará su labor. Inglaterra está firmemente asentada en puntos estratégicos, que le aseguran su predominio marítimo; se reserva el derecho de obrar en el Mar del Norte y la vigilancia de los estrechos de Hannover y el Báltico. Por otra parte, conservará Malta con plena soberanía y de esa manera, refuerza su presencia en el Mediterráneo ⁵.

Otro de los problemas esenciales era la cuestión de los Países Bajos; era necesario crear un estado sólido y extenso, que se constituyera en centinela de la frontera francesa. El Reino de los Países Bajos, es la solución otorgada al desborde de esa frontera para contener a Francia; estaba constituido por Bélgica y Holanda bajo la soberanía del príncipe de Orange. Con respecto a las posesiones holandesas, Inglaterra retuvo el Cabo, que era vital para la ruta a la India y Ceilán. Aún antes del Congreso, Inglaterra ha asegurado su supremacía sobre los mares; quedaba por instaurar un equilibrio estable entre las provincias del continente, como garantía para conservar su hegemonía marítima.

España en el Congreso de Viena

España durante la invasión napoleónica lleva a cabo, la guerra de la independencia. Terminada ésta el país se encuentra agotado, la tarea a realizar era enorme. El tratado de Valençay (11 de diciembre de 1813) entre Napoleón y Fernando VII, restituía el trono de España a su rey. La última coalición formada contra Napoleón no contará entre sus integrantes a España; ésta no contribuyó con recursos, pues su situación no lo permitía.

Durante la guerra de la independencia, se ha producido la separación de los virreinos americanos. Inglaterra, como hemos señalado, se ha apoderado de los nuevos mercados y buscará afianzar su situación con la metrópoli. Fernando cree que haciendo concesiones a Inglaterra, podrá contar con la flota inglesa para luchar contra los rebeldes americanos. España firma con Inglaterra el tratado de "paz, amistad y alianza el 5 de julio de 1814, que luego completa con artículos adicionales relativos a materias comerciales, el 28 de agosto del mismo año". El tratado establecía, como su nombre lo indica, "una estrecha alianza entre reyes de las dos potencias y sus herederos". Por un artículo adicional, secreto, España se comprometía a no con-

⁵ PIRENNE, J. H.: op. cit., p. 26-27.

traer con Francia, ninguna obligación o tratado de la naturaleza del conocido con el nombre de Pacto de familia, ni otro alguno que coarte su independencia o perjudique los intereses de S.M.B.". En el caso que se abriera el imperio español al comercio extranjero, Inglaterra recibiría el trato de "nación más favorecida"⁶. Por su parte el gobierno inglés se comprometió a no proveer de armas, a los insurgentes americanos. Así Inglaterra buscaba asegurarse la conservación de los mercados extraeuropeos.

En España, una vez más los intereses ingleses tropezarán con los rusos. Rusia se propone establecer su hegemonía sobre el continente, para ello deberá oponer a Inglaterra un equilibrio marítimo, basado en la alianza con las potencias marítimas europeas, entre ellas España. En este marco debemos inscribir el intento realizado por el embajador Tatischeff, para lograr el casamiento de Fernando VII con una hermana del zar. Tatischeff había adquirido una influencia personal considerable sobre el rey, sin embargo la idea del casamiento con una princesa de rito ortodoxo, encontró fuerte oposición en el clero español y el proyecto debió ser dejado de lado⁷.

Fernando para contar con el apoyo de Rusia, estaba dispuesto a secundar la política rusa en el Congreso de Viena. Designó como representante a D. Pedro Gómez Labrador, marqués de Labrador, caracterizado como "orgulloso, altivo, duro en el trato"; Villa Urrutia lo pinta diciendo que "era de una dora medianía... dio hartas pruebas de que carecía de los naturales dones y adquiridos conocimientos que debe reunir el diplomático digno de este nombre"⁸.

Las instrucciones recibidas por el embajador, fijaban como objetivo primordial, obtener del Congreso el restablecimiento de los príncipes de la Casa de Borbón en sus respectivos dominios italianos, y las indemnizaciones francesas correspondientes. Hay que hacer notar que "la falta de orientación de nuestra política exterior, claramente revelada en la vagedad de las instrucciones, dejaba a Labrador a oscuras y le obligaba a buscar a tientas el camino... sus instrucciones eran vagas, incoherentes y contradictorias"⁹.

⁶ FUGIER, A.: op. cit., p. 302.

⁷ PIRENNE, J. H.: p. 148.

⁸ VILLA URRUTIA, Marqués de: *España en el Congreso de Viena, según la correspondencia oficial de D. Pedro G. Labrador*, 2ª ed. Madrid, Francisco Beltrán editor, 128, p. 16.

⁹ VILLA URRUTIA: op. cit., p. 18.

Estos objetivos muestran intereses limitados, Fernando y el equipo diplomático que lo rodea no revela comprensión de la nueva situación internacional, que se produce luego del hundimiento del imperio napoleónico. Se estaba ante una coyuntura internacional y se requería un gran esfuerzo de adaptación. La diplomacia española no supo integrar a España en el nuevo sistema europeo surgido del Congreso de Viena, quedará al margen de las grandes decisiones y reducida al estado de pequeña potencia. Adelantemos que España no firmará el Acta de Viena, de esta manera mostró su disconformidad con la solución otorgada al problema de los Borbones en Italia; será invitada a acceder en calidad de potencia secundaria, y firmará el Acta de Viena el 7 de mayo de 1817.

Reunión del Congreso

El Congreso se reunió con delegados de alta jerarquía diplomática. Lo más hábil de la diplomacia europea estaba presente en ese momento en Viena. También se hicieron presentes los delegados de todos los pueblos deseosos de obtener su independencia, los que querían solicitar algo, los que esperaban confiados en la paz definitiva de Europa, todos enviaron sus representantes a Viena. En un momento determinado llegan a contarse 216 jefes de misión. Viena los recibió y acogió con sus fiestas, veladas, reuniones que servían para distraer el espíritu y estrechar lazos de todo tipo. Metternich se movía en calidad de hote, saboreando el rango que Austria gozaba, como centro del mundo y victoriosa de la gran guerra.

Rusia estaba representada por el propio zar en persona, que llevaba consigo el prestigio de liberador de pueblos luego de 1813 y como respaldo el ejército más numeroso en ese momento en Europa. Castlereagh, diplomático inglés, había dado muestras de tenacidad al servicio de los intereses ingleses, cuando supo unir a los aliados en Chaumont. Metternich, por su parte representante de Austria, se proponía que Viena, sede del Congreso, siguiera gozando en el futuro de una posición central, en el concierto europeo. Estuvo muy bien asistido por Gentz, secretario del Congreso. Federico Guillermo, rey de Prusia, envió como representante a Handerber, que se plegará en su política, a las decisiones tomadas por el zar.

Talleyrand representaba a la potencia vencida. Su objetivo, fijado de común acuerdo con Luis XVIII, era lograr que Francia entrara en el concierto europeo. Para lograrlo era necesario disolver

la coalición formada contra ella. Francia debía presentarse en Viena, sin pretensiones, dispuesta a no suscitar recelos ni inquietudes, modesta, resignada ante los hechos consumados. Su estrategia consistirá en apoyar a los estados secundarios en sus reclamaciones, de esa manera podía asegurarse una buena clientela con quien contar. Francia había fracasado, derrotado Napoleón en su intento de imponer su hegemonía en el continente, no consentirá que ninguna potencia trate de renovar el intento en su provecho. Por este camino coincidía con la política inglesa de asegurar el equilibrio continental. “El principio de legitimidad será nuevamente invocado para presidir los repartos internacionales”. Sus instrucciones decían que debía apoyar sin reserva a España, en sus reclamaciones para instalar nuevamente a los Borbones en Parma y Nápoles ¹⁰.

La primera reunión del Congreso tuvo lugar el 30 de octubre. Talleyrand se presentó acompañado del Marqués de Labrador, esta unión revelaba su estrategia al mismo tiempo que prelude el papel que España cumpliría en el Congreso, de potencia secundaria. Habían pasado los tiempos en que España dictaba al continente principios de política internacional.

El Congreso está presidido por la rivalidad anglorusa. Veremos en sus grandes líneas cómo Inglaterra consigue imponer el equilibrio europeo por un sistema de contrapesos que ordenan el mapa europeo.

Los dos problemas más importantes que el Congreso debe resolver, es la adjudicación de Sajonia y Polonia, el resto se verá facilitado por la solución de ellos. Desde el comienzo existe en el Congreso un doble agrupamiento, por un lado Inglaterra y Austria, por otro lado Prusia y Rusia.

Rusia pretende obtener el gran Ducado de Varsovia, que reivindica como suyo. En compensación quiere otorgar a Austria el reino de Sajonia, cuyo rey se había mantenido fiel a Napoleón hasta la última hora; su traición debía ser pagada con el despojo. Austria se opone a la solución rusa, pues teme que el zar con el tiempo reemplace a Francia en su posición dominante en Europa.

Inglaterra coincide con Austria en su oposición al zar, para ella era Rusia su principal enemiga y uno de los objetivos de su política será contener al zar en el continente. De allí su intento de construir

¹⁰ TALLEYRAND: op. cit., p. 340-362.

en el centro de Europa una barrera germánica; la barrera tenía por objeto contener a Francia al este y a Rusia al oeste, uniendo las dos cortes de Berlín y Viena a costa de los pequeños estados: de esta manera conseguir al mismo tiempo, deshacer la unión de Prusia y Rusia. Rusia, que no está dispuesta a ceder en sus ambiciones en Polonia, amenazó con retirarse del Congreso y provocar la guerra. Esto condenó al fracaso la política de la barrera germánica.

Inglaterra, a pesar suyo se volvió hacia Francia, y buscó un entendimiento con la potencia vencida. En unión con Austria, llegarán al acuerdo secreto del 3 de enero de 1815, anglo-franco-austríaco; el acuerdo tenía un fin defensivo, unirse contra las pretensiones de las cortes de Berlín y S. Petersburgo. Para Francia significaba, por un lado el dislocamiento de la coalición contra ella, y por otro lado salir del aislamiento que la coalición la había colocado. Para Inglaterra; por su parte, no era más que un instrumento para asegurar su política de equilibrio. Castlereagh se convirtió en el verdadero árbitro del Congreso, y fue su política la que determinó la balanza de fuerzas¹¹.

Inmediatamente fueron zanjadas las cuestiones de Sajonia y Polonia. Rusia logró anexar gran parte del ducado de Varsovia, el resto se repartió entre Austria y Prusia. Prusia a su vez, anexó de Sajonia la parte denominada ducado de Sajonia.

En cuanto a Alemania, se llegó a la formación de la Confederación Germánica. A la cabeza existía una Dieta de 17 miembros que en casos graves convocaba el plenum de los 58. La Dieta estaba presidida por Austria, que tenía grandes esperanzas en la influencia que podría ejercer en Alemania, que le serviría de contrapeso a las grandes adquisiciones territoriales de Rusia.

Las cesiones de territorio se hicieron tratando de compensar metros cuadrados de territorio entregado por la misma extensión de territorio recibido, y número de habitantes, por número de habitantes. Una comisión de estadística era la que proveía los datos para evitar errores en las compensaciones que se otorgaban. El equilibrio que se quería imponer desconocía absolutamente usos, costumbres, sentimientos nacionales, lenguas. Tan frágil como esta base, será la estabilidad y duración de la paz de Viena.

El regreso de Napoleón a las Tullerías no alteró lo dispuesto hasta ese momento por el Congreso. Las potencias que formaban la

¹¹ PIRENNE, J. H.: op. cit., pp. 166-168.

Cuádruple Alianza, a la que se unió Talleyrand, decretaron a Napoleón fuera de la ley. La reaparición de Napoleón apresuró la solución de algunos problemas, todavía pendientes. El 8 de junio de 1815 se firmó el acta de Constitución de la Confederación Germánica¹². Austria trató de arreglar ventajosamente los asuntos de Italia. Anexó Lombardía y organizó sus posesiones en Italia bajo el nombre de Reino Lombardo-Véneto. Murat, que permanecía en Nápoles en ocasión del retorno de Napoleón fue vencido en la batalla de Tolentino el 2 de junio de 1815, y Fernando VI fue restablecido en el trono de Nápoles, de donde había salido en 1806. Fernando firmó un tratado secreto con Metternich por el cual se comprometía a impedir toda "imprudente innovación"¹³.

Los Habsburgo quedaron establecidos en Parma, Módena y Toscana. Austria extendía toda su influencia sobre la península italiana. Estas soluciones fueron las que impidieron que España firmase el acta final del Congreso de Viena, si bien es cierto que el problema de Nápoles se zanjeó de acuerdo a sus deseos, más por las circunstancias que por las decisiones del Congreso, ella no dejaba de reclamar como propiedad de la familia, los ducados de Parma y Módena¹⁴.

El acta final se firmó casi en vísperas de la segunda derrota de Napoleón; se realizó el 9 de junio de 1815, reunía en un solo documento todos los tratados, particulares y generales, relativos a la organización territorial y política de Europa. Eran tratados protegidos por una garantía colectiva, el sistema instituido era de inspiración inglesa, un sistema de contrapesos aseguraba el equilibrio europeo destinado a impedir que Rusia impusiera su hegemonía sobre el continente, mientras Inglaterra aseguraba su supremacía sobre los mares. "El equilibrio deviene así, doblemente garante de la hegemonía marítima de Inglaterra; el equilibrio mantiene por una parte el fraccionamiento de potencias marítimas de Europa, frente a Bretaña, e impide por otra parte a las potencias europeas apoderarse en el continente de una preponderancia territorial que podía asegurarles una hegemonía continental sobre el mundo"¹⁵.

¹² FUGIER, A.: op. cit., p. 310.

¹³ PIRENNE, J. H.: op. cit., p. 208.

¹⁴ WEILL, GEORGES: *L'éveil des nationalités et le mouvement libéral (1815-1848)*, en *Histoire général* publiée sous la direction de L. Halphen et Philippe. Sagnee, t. XV, Paris, Presses Universitaires, pp. 16-17.

¹⁵ PIRENNE, J. H.: op. cit., pp. 33-34.

Napoleón fue vencido en Waterloo el 18 de junio de 1815 y abdicó por segunda vez. Francia vencida es ocupada por las tropas de los aliados. Las potencias coaligadas firmaron con Francia, el 20 de noviembre de 1815, el II Tratado de París, por el cual este país volvía a sus fronteras de 1815 y debía pagar una fuerte indemnización a los aliados, parte de la cual estaba destinada a levantar fortalezas en el límite de los Países Bajos. Su territorio sería ocupado por una parte de las tropas de los aliados, por un período de 3 a 5 años¹⁶.

La innovación más importante del Pacto de Garantía, conocido también con este nombre, consistía en que "los embajadores de las cuatro potencias conferenciarían regularmente con Wellington, jefe del ejército de ocupación"¹⁷, eran deliberaciones colectivas en que se examinarían los problemas del mantenimiento de la paz y los grandes intereses comunes.

Gran Bretaña va a usar la cuádruple alianza como un elemento de su política de equilibrio en Europa, y particularmente contra Rusia, para evitar que se convierta en potencia hegemónica. La cuádruple alianza devenía para Inglaterra un medio de garantizar la paz no sólo en Europa, sino también la organización general del equilibrio que tanto trabajo le había demandado en Viena.

La Santa Alianza

El mismo día que los aliados terminan de concertar entre ellos las condiciones de paz que impondrán a Francia, luego de haber vencido a Napoleón por segunda vez, el zar les propone el tratado de Santa Alianza, que será una alianza de reyes, no de países.

La idea no era nueva, en 1804, cuando aún Napoleón no había adquirido el ímpetu expansivo que logró después; el zar le propuso a Inglaterra formar una organización colectiva. Su fin era el mantenimiento de la paz por medio de la seguridad colectiva. Los dos países estaban de acuerdo en la necesidad de establecer una liga permanente para el mantenimiento de la paz y el derecho de gentes.

Pero cuando todo cedía al paso de los ejércitos franceses, Rusia —cuyo fin en su primer proyecto con Gran Bretaña fue el de dividirse la hegemonía del mundo— pensó en un entendimiento con

¹⁶ FUGIER, A.: op. cit., p. 315.

¹⁷ FUGIER, A.: op. cit., p. 315.

la potencia victoriosa del momento. Se trataba, pues, de repartirse con Francia la hegemonía continental. Pero Rusia comprendió que la hegemonía continental no podía compartirse, pues tendía de suyo a la exclusividad, y se volvió hacia Inglaterra. Pero el momento de la unión ya había pasado, las dos potencias habían caminado mucho en sus intereses particulares y el elemento ideológico que en el primer momento pudo haberlas unido, había desaparecido.

A la caída de Napoleón la idea volvió a aparecer; el zar la volvió a recoger y junto con Austria y Prusia firmó, el 26 de setiembre de 1815, el tratado de Santa Alianza. Inglaterra adujo la imposibilidad del soberano de firmar solo un acta internacional, y no adhirió. El príncipe regente envió una carta personal al zar, declarándose de acuerdo con los sentimientos que expresaba el tratado¹⁸.

El tratado se firmó “en nombre de la muy Santa e Indivisible Trinidad, . . . la marcha de las potencias en sus relaciones mutuas será sobre las verdades eternas que enseña la religión”, en sus relaciones con los otros estados, no tomarán como regla de conducta más que “los preceptos de esta religión, preceptos de justicia, de caridad, de paz, que lejos de ser únicamente aplicables a la vida privada, deben influir sobre las relaciones de principio, guiar sus marchas, como el único medio de consolidar las instituciones humanas y remediar sus imperfecciones”¹⁹.

Los tres monarcas quedan unidos por lazos de fraternidad, verdadera e indisoluble, se consideran como compatriotas y se prestarán “asistencia, ayuda y socorro, no sólo entre ellos, sino también entre sus ejércitos” (art. 1º). Manifiestan que el único principio en vigor es “rendirse mutuamente servicio”, no se consideran más que como miembros de una sola nación cristiana y “son delegados por la Providencia para gobernar tres ramas de una misma familia: Austria, Prusia y Rusia, confesando que la Nación Cristiana no tiene otro soberano que Aquél a quien pertenece el poder. . .” El artículo III y último establece que todas las potencias que quieran adherir a estos principios, quedan invitadas²⁰.

El acuerdo no inquietó a Europa, los soberanos que firmaron

¹⁸ PIRENNE, J. H.: op. cit., p. 239.

¹⁹ MARTENS, G. F. DE: *Nouveau recueil de traites*, Gottingue, 1818, t. II, p. 657.

²⁰ MARTENS, G.: op. cit., pp. 657-658.

se comprometían sólo a una declaración de principios, que no les exigía mucho. El clero ruso aclamó a Alejandro y consideró el tratado como un triunfo para la religión, el zar se presentaba como un elegido por Dios. Castlereagh hubiera preferido el fracaso de la tentativa, llamó al tratado "non-sens" y no adhirió al mismo. Gentz lo calificó como una nulidad política ²¹.

El mismo día de la firma del tratado de Santa Alianza, los Países Bajos se adherían a él, ello muestra los fines realistas de la política del zar. El zar se presentaba como el elegido de Dios, esto le daba carácter místico a su misión y le permitía, bajo un aspecto desinteresado, intervenir de hecho en todos los problemas europeos que él juzgase necesario. El interés de Inglaterra era mantener unidos a los vencedores de Francia en beneficio propio, pero también limitar las ambiciones de Rusia. Para ello consideraba necesario renovar el pacto de Chaumont.

La cuádruple alianza, que se firmó el 20 de noviembre de 1815, renovaba la vigencia del primer y segundo Tratado de París, fue obra de Castlereagh y reducía la política general al equilibrio europeo, principio sobre el cual se ordenó el mapa europeo en Viena. Esto no satisfacía a Rusia, que buscó en el tratado de Santa Alianza un medio para sobrepasar el marco europeo; quería contar con las potencias que la formaban para el caso que Inglaterra pretendiera poner obstáculos a su política; era la réplica rusa al tratado de cuádruple alianza. En este contexto se explica su política de acercamiento a países marítimos como los Países Bajos, España, Francia; su política de matrimonios y el sostenimiento del ministerio Richelieu. Rusia no contaba con una flota como para poder imponer un dominio marítimo, por ello necesitaba de la ayuda de países marítimos, en esa lucha por la hegemonía, no ya continental sino mundial con Gran Bretaña. El equilibrio europeo establecido por Inglaterra en Viena, se convierte en "doblemente garante de la hegemonía marítima de Inglaterra, porque mantiene por una parte la fragmentación de potencias marítimas de Europa, frente a Gran Bretaña, e impide por otra parte a las potencias europeas apoderarse, en el continente, de una preponderancia territorial que podía asegurarle una hegemonía continental sobre el mundo" ²².

²¹ WEILL, G.: op. cit., p. 29.

²² PIRENNE, J. H.: op. cit., p. 33.

La Santa Alianza se reservaba solo a los cristianos, ello le permitía al zar excluir al Imperio Otomano y quedar con las manos libres, en ese sector. El segundo Tratado de París establecía en su artículo 6º, reuniones periódicas entre los cuatro signatarios para ocuparse de “los grandes intereses comunes”. Esto no era del agrado del zar, pues no participaban ninguna de las potencias occidentales cuya fuerza marítima le sería útil para oponerla a Inglaterra. Las reuniones periódicas fueron un procedimiento diplomático nuevo, constituyeron la innovación más importante²³. Pero este proyecto no sobrepasaba la idea de consolidar las relaciones para los cuatro y mantener una línea común de conducta frente a los problemas que se fueran presentando. Los tiempos no estaban maduros aún para “pensar en una Europa confederada”²⁴.

El Congreso de Aquisgrán reunida en 1818, fue la primera de las conferencias previstas por el artículo 6º del tratado del 20 de noviembre de 1815. En él se consideró la evacuación de las tropas de ocupación del territorio francés. Los aliados, a pesar de una cierta intranquilidad del gobierno francés, consintieron en la evacuación. El zar tenía interés en conseguir su admisión en el “concierto europeo”; Inglaterra y Austria se oponían a ello porque tenían un entendimiento ruso francés. Entonces se llegó a un compromiso: “las cuatro potencias renovaban la cuádruple alianza en caso de reaparecer el peligro francés, y por otra parte se admitió a Francia en las conferencias previstas por el artículo 6º”²⁵. Francia entraba así en el concierto europeo. La cuádruple alianza —que tanto había costado formarla— fue oficialmente disuelta en 1818, luego del Congreso de Aquisgrán. De esta manera quedó el campo libre para Austria; Metternich se presentará como el árbitro de Europa, haciendo triunfar por medio de la Santa Alianza, reducida a Europa, el sistema mundial que preconizaba Rusia. Metternich le imprimió un sello antiliberal y antirrevolucionario.

En el Congreso de Aquisgrán se planteó la posibilidad de intervención conjunta de los países que formaban la Santa Alianza, en los asuntos interiores de los estados. El procedimiento fue desechado, pues estaba encuadrado en un plan de alianza general. Los

²³ FUGIER, A.: op. cit., p. 316.

²⁴ RENOUVIN, PIERRE: *Historia de las relaciones internacionales*, t. II, v. I. Madrid, editorial Aguilar, p. 41.

²⁵ RENOUVIN, P.: op. cit., p. 40.

Congresos de Troppau, Laybach y Verona —de los cuales nos ocuparemos más adelante— aplican este principio a pesar de la oposición inglesa. Inglaterra se opone a la intervención en Nápoles y en España, decidida en los congresos antes mencionados.

La revolución liberal de 1830 constituye una explosión de ideas liberales que la Santa Alianza no podrá impedir. Con ella se da por finalizada su acción, nada podía hacer para contener la expansión de los movimientos revolucionarios.

II

LA REVOLUCION DE 1820

Para estudiar la política exterior de España en el Trienio Constitucional, hemos partido del Congreso de Viena, que nos ha permitido conocer el estatuto político internacional vigente en la época de nuestro estudio. Al mismo tiempo, debemos conocer, cuál era la situación interna de España en el mismo período; por ello nos detendremos a estudiar la revolución del año 1820, que inaugura una nueva etapa en la política interna de España, y coincide con el comienzo del período, que intentamos delinear.

La revolución del año 1820, es una fecha importante en la historia de España, pues ella significa la llegada al poder de los liberales, que gobiernan durante tres años; es el llamado "Trienio Constitucional". La revolución del año 1820, se produce por un procedimiento típicamente español que es el pronunciamiento, golpe militar que se realiza contra el poder, para introducir reformas políticas. No es la primera vez que se produce en España, pero es la primera vez que tiene éxito y su resultado es la adopción de la Constitución de Cádiz de 1812, conforme a la cual los liberales intentarán gobernar, en el período de 1820 a 1823.

Es importante destacar en el pronunciamiento del año 1820, la complejidad de factores que inciden en su realización, porque ellos tendrán una influencia decisiva en el proceso de gobierno. El pronunciamiento se lleva a cabo mediante la unión de la burguesía urbana, mejor dicho los reducidos grupos de burguesía urbana, unidos a los jefes del ejército, que se han destacado durante la guerra de la independencia. De esta conjunción surge el pronunciamiento; las fuerzas que lo posibilitan cumplirán un papel relevante en el transcurso del Trienio.

El rey, por su parte, acepta y jura la Constitución, posiblemente fuera la solución menos peligrosa; terminará por oponerse a ella y alentará, por un lado la reacción absolutista, y por otro lado realizará gestiones en el extranjero para lograr la intervención en España.

El pueblo acepta el pronunciamiento; la jura de la Constitución por el rey fue la mejor garantía para conseguir el asentimiento popular, pero a medida que el Trienio avanza, el pueblo, que es profundamente realista, se levanta reeditando una forma típica de la guerra de la independencia, las partidas.

Posiblemente el aspecto más relevante de la revolución del año 20 es su influencia en el exterior; las revoluciones que se producen en Europa en este período —primera reacción contra la restauración del Antiguo Régimen, realizada por el Congreso de Viena—, adoptan la Constitución de Cádiz de 1812. Las revoluciones que se producen en Portugal, Nápoles, Piamonte, siguen, en sus líneas generales, las características de los pronunciamientos españoles.

Intentaremos señalar los aspectos más importantes de la revolución del año 1820, para estudiar luego su influencia en el exterior²⁶.

Principales factores que determinan la revolución.

Para señalar los principales factores que contribuyen al pronunciamiento del año 1820, nos es necesario hacer una breve referencia al período que antecede a la revolución.

²⁶ Para el estado actual del problema véase: COMELLAS, JOSÉ LUIS, *Los primeros pronunciamientos en España (1814-1820)*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Historia Moderna, 1958, 376 ps.; y las principales fuentes a las que alude BAYO, *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España*, con documentos justificativos, órdenes reservadas y numerosas cartas del mismo monarca, Pío VII, Carlos IV, María Luisa, Napoleón, Luis XVIII, el infante D. Carlos y otros personajes. Madrid, 1842, 3 ts.; y LA FUENTE, VICENTE DE: *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España y especialmente en la franc-masonería*, por D., Barcelona, Nueva Edición Edit. Prensa Católica, 2 vols. Para la influencia de la revolución española en Italia, véase: FERRANDO, JUAN: *La Constitución española de 1812 en los comienzos del "Risorgimento"*. Roma-Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Delegación de Roma, 1959, 152 ps.; y las principales fuentes que cita: SPINI, G.: *Mito e realtà della Spagna nelli Rivoluzioni italiane del 1820-21*. Roma 1950; *Atti del Parlamento delle Due Sicilie (1820-21)*. Editi sotto la direzione di A. Alberti, raccolti e illustrati de E. Gentile, con promessa de M. Schipa. Bologna, 1926, vols. I-VI.

Sabemos que Fernando VII es repuesto en el trono de España, por el tratado de Valençay, del 11 de diciembre de 1813. Terminada la guerra de la independencia, se cifraban en él las esperanzas de restablecimiento de la nación, el deseo unánime de reformas latente desde el fracaso del reinado de Carlos IV, cree llegada la ocasión de emprender la tarea que el país reclama. El rey fue recibido con adhesión por todo el pueblo, el reconocimiento es general. El regreso del rey dejó sin efecto la obra de las Cortes de Cádiz, el rey declaró nula la Constitución de 1812; es decir se vuelve a la situación anterior a Bayona.

Los seis años de gobierno absoluto de Fernando VII (1814-1820), frustran las esperanzas de reformas, es cierto que el país debía ser reconstruido en todos sus aspectos, después de la guerra de la independencia, pero también es cierto que su obra de gobierno careció de eficacia y buen sentido en la mayor parte de las gestiones. Su política decepcionó a casi todos los sectores en general ²⁷.

Fernando anuló la obra de las Cortes de Cádiz, pero la ideología liberal subsiste, y se hará manifiesta por medio de los pronunciamientos. Las fuerzas sociales que apoyan al liberalismo y estimulan los pronunciamientos son varias. Debemos señalar que el liberalismo es un fenómeno que se manifiesta en las ciudades, la burguesía es partidaria del liberalismo, conoce las ventajas que proporciona un régimen liberal de gobierno y no está dispuesta a renunciar a ellas. Por otra parte, la Constitución de Cádiz de 1812 establece los derechos del ciudadano y el gobierno de Fernando VII, sólo pensaba en restablecer privilegios; de allí que el liberalismo conspire para derrocar el régimen absoluto.

Pero hay que hacer notar que en la España de comienzos del siglo XIX, la burguesía era muy poco numerosa, no era una fuerza suficiente para llevar adelante por sí sola el cambio de régimen. Gran parte de la burguesía urbana se alista en las logias masónicas, que constituyen la gran fuerza política de ese momento, en casi todos los países europeos y que encarnan los ideales del liberalismo, se puede afirmar que masón y liberal llegaron a ser sinónimos ²⁸.

²⁷ COMELLAS, J. L.: op. cit., pp. 65-67.

²⁸ LA FUENTE, VICENTE DE: op. cit., I, p. 216.

Las logias masónicas unen a los comerciantes, intelectuales y militares, estos son los que han tomado parte en la guerra de la independencia. En el ejército influían dos factores. Por un lado la ideología liberal era profesada por gran parte de la generación joven, que había tomado parte en la guerra de la independencia y había escalado posiciones, siendo todavía una generación joven. Por otro lado, el rey a su regreso, prefirió los militares de vieja escuela que se formaron en tiempos del absolutismo monárquico, ello producirá un resentimiento, que será un motivo más para oponerse al régimen.

Los pronunciamientos son un producto de la época, forma típica de comienzos del siglo XIX, Comellas los define de la siguiente manera: "Una forma de golpe militar, asestado contra el poder para introducir en él reformas políticas, propia de la historia española del siglo XIX" ²⁹.

Es el conjunto de todas estas fuerzas, el descontento de una minoría que se siente preterida en la política de Fernando VII, el deseo de derribar un orden de cosas para instaurar otro más de acuerdo con los deseos de los sublevados, que confluyen y hacen posible la revolución de 1820. El pueblo y la mayor parte de la nación permanecía fiel al sentimiento realista, los fracasos de los seis años de gobierno absoluto de Fernando VII no han modificado este sentimiento, se echaba la culpa a los ministros del rey; el pueblo no hizo nada para impedir la revolución, quizás con la esperanza de que la Constitución de 1812, le diera el "reverso de la medalla" ³⁰. Fernando VII y su obra de gobierno era el pretexto mejor invocado, para realizar la revolución.

La Revolución de 1820

La revolución de 1820 se prepara, como todos los pronunciamientos, en las logias masónicas. La masonería no cesa totalmente su actividad con el regreso de Fernando VII, existe constancia que a fines de 1816, se establece en Granada el Gran Oriente Masónico ³¹. Un factor decisivo que contribuyó al éxito de la revolución, lo constituye el hecho de que en Cádiz se preparaba el ejército destinado a luchar en América; se pensaba reconquistar con él las colonias que habían comenzado el proceso emancipador, durante la invasión na-

²⁹ COMELLAS, J. L.: op. cit., p. 23.

³⁰ BAYO: op. cit., t. II, p. 145.

³¹ COMELLAS, J. L.: op. cit., p. 135.

poleónica. El ejército estaba dirigido por la oficialidad más joven, la que profesaba ideas liberales en el ejército y la más apta, en consecuencia, para realizar el pronunciamiento. El ejército se convertirá en el foco de la revolución.

Alcalá Galiano nos relata que cuando llegó a Cádiz en 1808, encontró que “estaba todo preparado para un levantamiento, en que el general puesto al frente de las tropas habría de pedir al rey, en términos que harían de la llamada suplica precepto, sino el restablecimiento de la Constitución de 1812, poco menos; esto es la sustitución del sistema de gobierno, de las monarquías moderadas al entonces vigente, calificado por su propio consentimiento de absoluto”³².

La llegada del autor de “Recuerdos de un anciano”, joven y fogoso, imprimió nuevo impulso al proyecto. Se buscó atraer a la oficialidad del Ejército Expedicionario no fue tarea difícil pues se prefería el destino en la península a la lucha lejos y en territorio desconocido. De este modo “los oficiales iban entrando en la masonería y a los soldados les halagaba, sobre todo, la idea de no embarcarse”³³. Es la oficialidad joven la que se hace cargo de preparar el pronunciamiento, y es importante señalar este aspecto, que sellará la obra realizada en el Trienio. Esa nueva generación liberal, la mayor parte romántica, salta a la escena sin ninguna preparación en el campo político, cargarán sobre sí el peso de la conjura y llevarán a cabo una actuación fundamental, en el proceso del liberalismo español.

El 1º de enero de 1820 estalla el alzamiento, Riego se pronuncia y proclama la Constitución de 1812. El factor fundamental que definió el pronunciamiento fue la adhesión de la tropa, por ello el movimiento de Riego es el único de los pronunciamientos realizados hasta ese momento, que triunfa. Para el Ejército Expedicionario la rebelión significaba la posibilidad de no embarcarse rumbo a América, y prestó su consentimiento³⁴.

La situación, después de producido el movimiento, se mantiene confusa, los revolucionarios fracasan en la toma de la ciudad de Cádiz, y no consiguen extender la rebelión más allá de la isla de

³² ALCALÁ GALIANO, ANTONIO: *Recuerdos de un anciano*. Madrid, Imprenta Central de Víctor Sáiz, 1873, p. 220.

³³ ALCALÁ GALIANO, A.: op. cit., p. 294.

³⁴ COMELLAS, J. L.: op. cit., p. 237.

León³⁵. El gobierno, por su parte, da órdenes que no llegan a cumplirse. Si la situación se define, es por un suceso exterior a la estrategia revolucionaria; el 21 de febrero se pronuncia en la Coruña, el general Acevedo, proclama la Constitución y toma preso al capitán general, con apoyo de la guarnición. Inmediatamente el movimiento se expande por Galicia, se pronunciaron Ferrol, Vigo, Pontevedra. Todos fueron pronunciamientos militares, siguieron luego Zaragoza, Barcelona, Gerona, en los primeros días de marzo³⁶. “Se pasó del recelo a la fiebre de los pronunciamientos”³⁷.

El gobierno nombró al Conde de la Bisbal jefe del ejército, para luchar contra los sublevados, la Bisbal cuando tuvo conocimiento de su designación, se adhirió a los pronunciados y proclamó la revolución. El rey, entonces, dio a conocer el decreto del 6 de marzo, por el cual se decidía a reunir las Cortes del Reino, el gobierno dio muestras de desorientación y gran debilidad. Finalmente Fernando VII firmó el decreto del 7 de marzo, que anunciaba “siendo la voluntad general del pueblo, me he decidido a jurar la constitución promulgada por las Cortes generales y Extraordinarias en el año 1812”³⁸. El régimen absoluto había caído, Fernando aceptaba ponerse al frente de la Revolución. “Todo fue mediocre en la revolución de 1820”³⁹.

En Madrid, cuando se supo que el rey estaba dispuesto a jurar la Constitución, se organizaron manifestaciones de adhesión. La revolución estaba consumada, el ambiente era de fiesta popular, los madrileños “derramábanse por las calles en grupos, con el libro de la Constitución en la mano, alumbrado por hachas que llevaba la plebe y por la espontánea iluminación de los vecinos, obligaban a los que encontraban al paso a acatar y besar de rodillas aquellos símbolos de los fueros nacionales. La desertión de las tropas fue tal durante el transcurso de los sucesos, que en aquellas horas de tinieblas, los soldados salían a bandadas de Madrid, estimulados con la licencia del caso y la relajación de los resortes del gobierno”⁴⁰.

La revolución no tuvo oposición oficial, el rey juró la constitu-

³⁵ ALCALÁ GALIANO, A.: op. cit., 281.

³⁶ LA FUENTE, V.: op. cit., I, p. 322.

³⁷ COMELLAS, J. L.: op. cit., p. 347.

³⁸ BAYO: op. cit., II, p. 156.

³⁹ SUÁREZ, FEDERICO: *La crisis política del Antiguo Régimen en España (1800-1840)*. 2ª ed., Madrid, 1958, p. 46.

⁴⁰ BAYO: op. cit., II, p. 159.

ción, esos días fueron de fiesta, manifestaciones callejeras, procesiones cívicas. “Aquellas escenas no eran las de una revolución... nunca llegaron a calificarlas quienes no la presenciaron”⁴¹.

El pronunciamiento tuvo éxito gracias al apoyo de la tropa, el ejército de Cádiz vio en ella la oportunidad de no embarcarse hacia América y prestó su adhesión. El apoyo de Galicia precipitó el proceso. El gobierno que conocía la conjura desde hacía tiempo, no prestó atención al peligro y producida la revolución, “la quiebra de autoridad dio el triunfo a los insurrectos”⁴².

La revolución de 1820 a diferencia de la francesa, se consuma en dos actos: en 1812 se hace la Constitución, y en 1820 se la implanta por medio de una revolución. Los sucesos de 1820 imprimen carácter a la vida política española, es la obra de los ideólogos a los cuales se han unido muchos más. El liberalismo había triunfado pues consiguió su objetivo: que el monarca jure la Constitución, de este modo su poder se ve limitado.

Influencia de la revolución de 1820 en el exterior

La influencia de la revolución española de 1820 en el exterior, tanto en Europa como en América, es de gran importancia. En las Cortes portuguesas cuando se tuvo conocimiento de la proclamación de la Constitución española en el Piamonte, se dieron vivas a “los discípulos de los españoles”⁴³. Ello muestra, de alguna manera, la conciencia colectiva que existía, sobre la extensión y repercusión de los ideales revolucionarios españoles.

En efecto, en octubre de 1820 se proclamó la constitución española de 1812 en Portugal y se convocó a Cortes. Anteriormente, en julio, había sido proclamada en Nápoles y en marzo de 1821, lo será en el Piamonte. Ello hace decir a Anduaga, secretario de Estado del gobierno español, que “ya son cuatro el número de Estados, ligados por el Código Constitucional español”⁴⁴. Esta adopción de la Constitución, se realizará según las condiciones propias del reino que la adopte, será más o menos fiel, seguida en su totalidad o modificada según las circunstancias lo exijan, pero siempre se respetarán los principios fundamentales que la han inspirado. La Constitución de Cádiz

⁴¹ BAYO: op. cit., III, p. 56.

⁴² SUÁREZ, F.: op. cit., p. 46.

⁴³ J. M. PANDO A ANDUAGA. Lisboa, 29, III, 1821, A. H. N. Madrid, Est. 4528, 213.

⁴⁴ Anduaga a Pando, Madrid, 22, III, 1821, A.H.N. Madrid, Est. 4528.

llegó a ser “la palabra, el nombre, el estandarte, en torno al cual se reunían los liberales”⁴⁵.

La Constitución redactada por las Cortes de Cádiz en 1812, era conocida en toda Europa, abundaban las traducciones, en 1814 existía ya una traducción de la misma en Roma y en Milán y consta que el P. de Lesteyrie la tradujo en París. En 1820 se agregan nuevas traducciones en Londres, Nápoles, Piamonte y Luca. Los carbonarios napolitanos no tuvieron conocimiento de ella antes de 1820.

Anteriormente en plena lucha napoleónica, España había firmado con Rusia el tratado de Veliki-Luki, el 20 de agosto de 1812. En el artículo 3º del tratado, se reconocía como legítima la Constitución de Cádiz de 1812⁴⁶. Era el reconocimiento por parte de Rusia, de la legalidad de la Constitución española. Cea Bermúdez, en esos momentos embajador en Rusia, la hizo traducir al francés y la difundió por el imperio del zar⁴⁷. Los decembristas rusos la conocían y se inspiraron en ella, para elaborar la futura Constitución rusa, cuando preparaban la revolución en su país.

La Constitución española, en el período que va desde su redacción hasta que vuelve a ser puesta en vigencia en 1820, es conocida en toda Europa y tomada como modelo del constitucionalismo liberal. Se la prefiere, en lugar de la francesa, por su régimen de cámara única, que la hace más democrática. Esto despertará el entusiasmo de los liberales, pero será al mismo tiempo, ocasión de recelo para las potencias absolutistas. España había suscitado simpatía y movimientos de adhesión por su guerra de la independencia; se la miraba como capaz de haberse opuesto a los ejércitos napoleónicos. La revolución de 1820 reactualiza el Código de Cádiz y en nombre de ella, se hará la revolución napolitana y portuguesa de 1820 y la piamontesa de 1821. Esto es corroborado por las cortes europeas. De allí que se puede afirmar que “el constitucionalismo liberal del siglo XIX, comienza en Cádiz”⁴⁸.

Esta influencia, como ya queda dicho, presentará matices distintos según la peculiar situación, de los países que adoptan dicha constitución. Pasemos a considerar la situación de Italia.

⁴⁵ FERRANDO, J.: op. cit., p. 78.

⁴⁶ LLORCA VILLAPLANA, CARMEN: *Relaciones diplomáticas entre España y Rusia desde 1812 hasta 1820*, en *Hispania*, t. X, p. 717.

⁴⁷ LLORCA VILLAPLANA, CARMEN: op. cit., p. 719.

⁴⁸ FERRANDO, J.: op. cit., p. 5.

La influencia de la revolución española en Italia, muestra un proceso semejante al que prepara la revolución en España. También acá debemos señalar la presencia de una burguesía, que influenciada por las ideas de la Revolución Francesa, que conoció a través del dominio napoleónico, se siente capacitada para llevar a cabo una función gubernamental, al mismo tiempo que busca seguir gozando de las ventajas comerciales, que han tenido ocasión de experimentar. El régimen de monarquía constitucional les resulta el medio más seguro, para asegurar su situación.

Pero el Congreso de Viena dejó a Italia dividida en ocho Estados ⁴⁹, restauró al Antiguo Régimen, colocó de nuevo en sus tronos príncipes, que sólo pensaban en restablecer sus antiguos privilegios. De esta manera se cortaba la evolución de la burguesía, que comenzó a crecer durante el régimen napoleónico. Las sociedades secretas tendrán en Italia, al igual que en España, un papel relevante en la preparación del ambiente y en la ejecución de las revoluciones. A la burguesía se unirá también el ejército. En Italia las revoluciones de 1820-21 son obra de la carbonería; esta sociedad es siempre calificada en la época como "enemiga de los tronos". En efecto, sus objetivos políticos eran instaurar un régimen constitucional, aunque en ella se manifiestan grupos con distintos matices. Debemos agregar que en la península italiana, a los fines comunes que los liberales poseen con el resto de los liberales europeos, ellos agregarán como fin específico, la lucha contra el dominio extranjero, Austria. De allí surge el Risorgimento ⁵⁰.

No faltó tampoco la lección de los embajadores españoles; el gobierno español asumió, frente a estas revoluciones, una actitud de neutralidad, pero sus embajadores se convirtieron en propagan-

⁴⁹ Recordemos la división de Italia efectuada por el Congreso de Viena: el reino Lombardo-Véneto entró en posesión directa de Austria; en Toscana fue restituido Fernando III, hermano del emperador Francisco I; el Ducado de Parma fue entregado en carácter de indemnización a María Luisa, hija del emperador y segunda mujer de Napoleón; los Borbones de Parma recibieron Luca, Francisco IV de Austria tomó el trono de Módena. Los dos únicos reinos totalmente libres eran los Estados Pontificios y el Reino de Cerdeña, en manos de la casa de Saboya. En Nápoles Fernando I, hermano de Carlos III, había firmado un tratado con Austria por el cual se comprometía a impedir las innovaciones peligrosas.

⁵⁰ El Risorgimento se propone tanto expulsar a los austríacos como lograr la unidad nacional italiana.

distas de los principios liberales y trabajaron a favor de las revoluciones. España era, para muchos, un ejemplo a seguir.

La revolución de Nápoles

La revolución en Nápoles se produce por un movimiento militar; existían factores, especialmente la falta de libertad política, que engendraban reacción. La burguesía veía en una monarquía constitucional, el modo de limitar las atribuciones del monarca y asegurarse los bienes adquiridos y aumentados por la desamortización eclesiástica, en la época de la revolución. La revolución del 1º de enero de 1820 en España, la adopción de la Constitución por el decreto del 7 de marzo, en que el rey se comprometió a jurar la Constitución, apresuró el proceso.

Es digno de notar el papel desempeñado por el embajador español, Luis de Onís, ferviente liberal. Antes hemos hecho notar que los embajadores españoles, llevaron a cabo una acción más o menos directa, según los casos, en las revoluciones de los países que adoptaron la Constitución de 1812. En Nápoles se dio el hecho de la relación personal, entre Luis de Onís y los liberales napolitanos. "No se puede negar ni afirmar, que el embajador español en Nápoles, D. Luis de Onís, no tuviese una responsabilidad directa en dicha revolución"⁵¹. Onís era un ardiente liberal, que tomó parte en la revolución española del 1º de enero, por ello no perderá oportunidad para difundir sus ideas. Su correspondencia con Pérez de Castro, secretario de Estado del gobierno español, demuestra el aliento que otorgó a los revolucionarios. Sus relaciones fueron especialmente con personajes influyentes del gobierno, e incluso consiguió penetrar en las decisiones del Parlamento y del Regente⁵². De lo dicho, no se puede deducir una acción oficial llevada a cabo por el gobierno español, pero sí podemos hablar de una acción oficiosa, llevada a cabo por su embajador.

Fernando concluye afirmando que "el movimiento napolitano fue un movimiento de autocombustión interna", que vino a seguir el ejemplo de España por razón de lazos de familia entre ambas casas reinantes, como por ciertas semejanzas históricas, deseo de independencia nacional frente al extranjero y deseo de reformas

⁵¹ FERRANDO, J.: op. cit., p. 19.

⁵² FERRANDO, J.: op. cit., p. 20.

liberales, como consecuencia de las ideas introducidas en ambos países, por los ejércitos napoleónicos⁵³.

La revolución que había estallado en Nola, obligó al rey a otorgar la Constitución española de 1812. En la inauguración del Parlamento napolitano se dijo que “la Constitución española era hija de una larga experiencia, y que era la mejor carta constitucional que habían dictado y escrito los publicistas de Europa, desde la mitad del siglo pasado hasta ahora”⁵⁴. La Constitución española adoptada por la revolución fue reformada en muy pocos aspectos, el cambio más importante fue el introducido en la formación del Consejo de Estado, éste no estaría formado por nobles como hasta entonces, sino por representantes de todas las provincias. Primaba el espíritu de la Constitución española.

La Santa Alianza vio con temor la revolución napolitana, la revolución española expandía sus ideas constitucionales y liberales por Europa. Se hacía necesario tomar medidas.

La revolución en el Reino de Cerdeña

En el Reino de Cerdeña será proclamada la Constitución de Cádiz, unos meses después de los sucesos de Nápoles. De la misma manera que la revolución acaecida en este último reino, será también obra de la carbonería. Se buscaba instaurar una constitución y se eligió la española de 1820. Las esperanzas se pondrán en el futuro príncipe heredero, Carlos Alberto, que era conocido por sus ideas liberales. En Cerdeña el matiz antiaustriaco se vuelve predominante, matiz compartido por el rey, aunque a la hora de realizar reformas no sepa promoverlas y se decida a abdicar, acelerando así la intervención austriaca.

Las revoluciones española y napolitana, despertaron gran entusiasmo entre los liberales de Cerdeña. La Constitución española se convirtió en el libro de más venta en las librerías, en la corte era conocida y comentada. También debemos señalar aquí, como ya lo hemos hecho anteriormente en la revolución de Nápoles, el papel llevado a cabo por el embajador español, Don Eusebio de Bardaxi. Se convertirá en un activo propagador de las ideas liberales. Sus contactos personales le permitirán conseguir adhesiones a la Constitución española y llegada la hora de decidir se volcaran hacia ella,

⁵³ FERRANDO, J.: op. cit., p. 21.

⁵⁴ FERRANDO, J.: op. cit., p. 51.

en lugar de la francesa, como algunos propiciaban. También influyó el hecho de que ya había sido proclamada en Nápoles, pues de ese modo se lograba un frente común en la lucha contra Austria. El embajador español era mirado con la admiración que la guerra de la independencia, había despertado en toda Europa. Ese prestigio fue el que le permitió relacionarse con las sociedades secretas y miembros de la nobleza piamontesa.

El 9 de marzo de 1821 fue proclamada la Constitución española de 1812, en Alejandría, lugar donde los rebeldes se hacen fuertes y que funcionará como cuartel general. Sus exigencias se concretaban en adopción de la Constitución española de 1812 y guerra a Austria. La revolución duró poco tiempo, el rey al tener conocimiento de ella abdicó en favor de su hermano Carlos Félix; hasta tanto éste se hiciera cargo del trono se nombraba como regente a Carlos Alberto. El nuevo rey decidió solicitar la ayuda de Austria, para vencer la revolución, envía una proclama al reino anunciando la intervención de los aliados para restablecer el orden legítimo y los constitucionales son declarados rebeldes.

El 7 de abril se libró una acción en Novada, entre el ejército constitucional y las tropas de Carlos Félix. Los revolucionarios fueron vencidos y las tropas austríacas entraron en el Piamonte. Carlos Félix entró junto con ellas y comenzó una política de represión, la revolución no había alcanzado a cumplir 30 días⁵⁵.

En Europa las revoluciones de Nápoles, Piamonte y Portugal no fueron miradas con complacencia, se hacían distinciones entre la revolución española obra de militares, la de Nápoles, resultado de la acción de los carbonarios y la francesa, fruto de una gran mayoría de la nación. Metternich sostenía que había que destruir la revolución napolitana, para evitar que se extendiera por Europa; ofrecía las armas de su país para prestar ayuda en caso de peligro. Estudiaremos en particular los Congresos de Troppau y Laybach que deciden la intervención austríaca en Nápoles. Adelantemos desde ya que la adopción de la Constitución española de 1812, volvía peligrosas las revoluciones en Italia, la Constitución española con su régimen de cámara única, era mirada con recelo por las potencias absolutistas.

El gobierno de Madrid adoptó una política de neutralidad frente a las revoluciones liberales. Sin embargo el secretario de Estado, Evaristo Pérez de Castro, autorizó a los embajadores a contra-

⁵⁵ WEILL, G.: op. cit., p. 55.

rrestar la obra de la Santa Alianza y los dejó en libertad, para propagar los principios del liberalismo. En general las revoluciones no preocuparon, se creía que el pueblo español era invencible y se confió en las seguridades dadas por los aliados, que España presentaba una situación distinta a las revoluciones italianas⁵⁶. España demostró una vez más la falta de una acción diplomática concertada, se confiaba todo en el prestigio español, y se esperaba todo del prestigio. El entusiasmo liberal no pasaba a ser eficacia liberal.

La revolución en Portugal

Hemos aludido varias veces a la revolución de Portugal, hablaremos de ella en particular, por eso ahora solo la mencionamos. M. de Pradt ha hablado de la influencia de la revolución española en Portugal. Sostiene que "apenas se regenera la España cuando ya se oye decir a algunos, que el Portugal va a reunirse con la España"⁵⁷. En efecto, el aspecto más importante de las relaciones diplomáticas hispano-portuguesas en el Trienio Constitucional, es el proyecto de unión ibérica, del cual trataremos en particular.

El ejército portugués se pronuncia el 24 de agosto de 1824, en Oporto; un mes más tarde se realiza otro pronunciamiento en Lisboa, poniendo fin de esta manera a la Regencia Beresford y se decide el establecimiento de una Constitución redactada por las Cortes; se adopta inmediatamente la española de 1812 y según ella se convocan las elecciones de Cortes, que se instalan poco después.

Como en las revoluciones de Nápoles y Piamonte, el embajador español cerca del gobierno de Lisboa, José María Pando, mantiene relaciones estrechas con los conspiradores. Pando reconoce que los rumores lo hacían culpable de participación en la revolución, se hace eco de ellos diciendo que "se cree erradamente que yo tuve parte en la revolución del 24 de agosto último"⁵⁸. Su presencia no resulta grata al gobierno, por eso cuando llegue a Lisboa Juan VI, se apresurará a pedir su relevo⁵⁹.

⁵⁶ FERRANDO, J.: op. cit., p. 120.

⁵⁷ PRADT, M. DE: *De la resolución actual de la España y de sus consecuencias*, traducido al castellano con notas por J. F. C., Valencia, José Ferrer de Ortega, 1820, p. 176.

⁵⁸ Comunicación del Conde de Feira al Cuerpo Diplomático, Lisboa, 9.IX.1920, A. H. N., Madrid, Est. 4527.

⁵⁹ Pando al Secretario interino de Estado, Lisboa, 22.III.1821, A. H. N., Madrid, Est. 4528, 1.

Las Cortes portuguesas elaboraron una nueva Constitución sobre el modelo de la española, que será proclamada y jurada por el rey a su regreso a Portugal. El liberalismo portugués terminó su intento de gobierno, con la sublevación del infante D. Miguel en Villa Francia, que se pronuncia por el régimen absoluto, contemporáneamente a la invasión francesa a España. El liberalismo peninsular había terminado.

III

LA AMENAZA LIBERAL Y CONSTITUCIONAL PARA EUROPA

La revolución de 1820 en España representa una amenaza para Europa; las potencias que dirigieron el Congreso de Viena se propusieron asegurar la paz de Europa, por un largo período de años. Para cumplir con ello creyeron que el mejor medio, era dar nueva vida a las antiguas fuerzas conservadoras, como sustentáculo de las monarquías. La invasión napoleónica, que había conquistado Europa, dejó sus huellas en todos los campos, se asiste a un cambio profundo en las concepciones políticas y sociales. Hasta la idea misma de Estado ha cambiado.

La historia de las relaciones internacionales no debe ocuparse solamente, de las relaciones diplomáticas entre las naciones, su ámbito pretende ser más vasto y abarcar también las fuerzas profundas, que contribuyen a determinar la política exterior de los Estados.

Como dice un historiador contemporáneo, en el fondo de toda historia internacional, "hay siempre un haz de problemas nacionales llamados por definición a relacionarse; es decir a interconectarse, y los problemas nacionales suelen ser complejos... como lo son los elementos de una existencia nacional... así de compleja también la Historia de las Relaciones Internacionales... que habrá de tener cuenta simultáneamente de los tres campos —económico, cultural, político— que abarca la vida de una nación y por lo tanto el campo de sus relaciones"⁶⁰.

⁶⁰ JOVER ZAMORA, JOSÉ MARÍA: *Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijoo*, Oviedo, Cuadernos de la cátedra de Oviedo, 1956, p. 5-6.

El pequeño período que abarca nuestro estudio, está enmarcado en un período más vasto, que podríamos fijar desde la terminación de las guerras napoleónicas hasta mediados de siglo; esta época está signada por el conflicto, que representa el empuje de las nuevas ideas de la Revolución Francesa y las fuerzas conservadoras, que tienen en sus manos el poder. La Santa Alianza, instrumento antirrevolucionario en manos de Matternich, tratará de repimir las revoluciones que se declaran en Europa, de tendencia liberal y constitucional. Los Congresos de Troppau y Laybach otorgan mandato a Austria, para que intervenga en Nápoles a fin de ahogar la rebelión. España se había convertido en el modelo de las revoluciones europeas, llegará el momento en que la Santa Alianza se proponga extirpar el foco que da origen a los movimientos revolucionarios. Los Congresos de Troppau y Laybach, preanuncian la política a seguir en España por la Santa Alianza.

Trataremos de esbozar las fuerzas profundas que se manifiestan en esta primera mitad del siglo, los principales problemas sociales, políticos y económicos, las corrientes ideológicas que preanuncian futuros cambios y la acción llevada a cabo por la Santa Alianza, para contener la avalancha liberal.

Las fuerzas profundas

La aventura napoleónica significó la expansión de las ideas de la Revolución Francesa, por toda Europa, y el choque con las realidades políticas y sociales heredadas del Antiguo Régimen; a pesar de la derrota napoleónica, el conflicto con las nuevas ideas no tardará en producirse. La crisis que duró 20 años había dejado fronteras desplazadas, estados suprimidos, había instaurado regímenes políticos desconocidos hasta entonces, una subversión evidente del orden social y en todos los espíritus, ideas y principios hasta ayer condenados.

Para algunos la revolución era un movimiento intrínsecamente perverso, que atentaba contra el orden legítimo del mundo. Para otros, sus partidarios, marcaba la promoción de ciertos valores fundamentales del hombre hasta entonces despreciados, la justicia, la libertad. Legitimidad, contra-revolución, restauración, serán las tres bases sobre las que la tendencia absolutista quiera reconstruir el mundo. El Antiguo Régimen era, para ellos, el único legítimo, era necesario restaurarlo. Pero ese retorno integral al pasado parecía imposible para muchos. Por otra parte, las ideas francesas, la administración

francesa, los libros franceses, habían penetrado muy adentro en la sociedad. Era imposible volver atrás. Entre los partidarios de la contra-revolución y los que quieren sacar las consecuencias de los sucesos de 1789, se producirá la lucha. Lo que vamos a decir vale para el período que estamos estudiando, aunque algunos de los aspectos más marcados hagan eclosión varios años después.

Socialmente, las guerras llevadas a cabo por Napoleón habían prometido una igualdad que muchas veces estuvo lejos de establecerse, pero que en todos será una aspiración que quieran llevar a la práctica. "Los campesinos conservan, en la mayoría de los estados, las ventajas materiales que habían conseguido bajo el régimen francés (supresión de los derechos feudales y posibilidad de transmitir la propiedad): la restauración no les discutió las ventajas adquiridas"⁶¹. Aunque la revolución industrial está en marcha, el medio rural todavía mantiene su primacía. En Francia al producirse la Restauración "el suelo representaba aún más de las 3/5 partes de la riqueza nacional y esta proporción es todavía mayor en casi todos los Estados del Continente"⁶². En Inglaterra comenzarán a aplicarse al campo una serie de adelantos que mostrarán un marcado contraste con los métodos usados en Francia. Esto hará cambiar la situación del agricultor, pero esta evolución será lenta y el campesino durante mucho tiempo seguirá contentándose con poco, cultivará lo que más le rinde. Es cierto que "la revolución lo ha liberado del diezmo y de los derechos feudales, pero le ha dado un derecho más jurídico que efectivo a la posesión de la tierra, este mundo rural permanece material y mentalmente muy próximo al Antiguo Régimen"⁶³.

En España, la situación presentaba peores condiciones, pues la guerra de la independencia afectó profundamente el campo y durante mucho tiempo —establecida ya la paz— el gobierno debe enfrentarse al problema de las partidas, que crean inseguridad en el mundo rural.

El descubrimiento de la máquina de vapor será el gran aconte-

⁶¹ RENOUVIN, PIERRE: *Historia de las relaciones internacionales*, t. II, v. I, Madrid, Edit. Aguilar, 1960, p. 11.

⁶² SHNERB, ROBERT: *El siglo XIX, el apogeo de la expansión europea (1815-1914)* en *Historia general de las civilizaciones* publicada bajo la dirección de M. Crouzet, t. VI, Barcelona, Edic. Destino, 1960, p. 17.

⁶³ SHNERB, R.: op. cit., p. 24.

cimiento de la época que tendrá consecuencias económicas y sociales. Watt murió en 1819 y aún no tenía gran difusión su invento, pero revolucionará las técnicas y producirá el advenimiento del proletariado, que acarreará consecuencias de todo tipo. Inglaterra mantiene su primacía en la vida económica europea, que había comenzado a adquirir en el siglo XVIII. Debemos también agregar el gran cambio que significó la aparición del ferrocarril que se inicia en 1814, en Inglaterra, ella inicia la revolución de los transportes.

En el aspecto financiero, en el siglo XVIII, se había producido una disminución de los metales preciosos que continúa en esta primera mitad del siglo XIX. "El movimiento de alza que había afectado los precios del segundo cuarto del siglo XVIII, se detiene poco después del restablecimiento de la paz general, se nota una flexión sensible hasta las cercanías de 1850"⁶⁴. Son notorias en esta época las dificultades financieras de los estados, en este campo como en otros, Inglaterra hará de maestra, pues posee una organización comercial y bancaria casi ejemplar. Poco a poco va constituyéndose una oligarquía financiera de la que los gobiernos no pueden prescindir. Desde 1815 se designa este grupo con el nombre de Alta Banca. En Bruselas se funda en 1822, la Sociéte Générale, que puede ser considerada como el primer banco de negocios del continente.

La producción y los intercambios comerciales se desarrollan, "la producción se dobla en su conjunto entre 1815 y 1848"⁶⁵. Pero el consumo no aumenta en igual proporción, el poder adquisitivo del mercado rural es débil, la situación de artesanos y obreros se mantiene precaria.

Estas nuevas realidades plantean el problema de los mercados que para Inglaterra será agudo, ya que marcha a la cabeza de la revolución industrial y necesita colocar sus productos, su exceso de producción. Las máquinas, no le costó mucho colocarlas en el continente, pues éste aún no las produce, el problema hará crisis respecto a los textiles y tendrá que conseguir nuevos compradores.

Renouvin señala la estrecha conexión que existe entre el movimiento de las nacionalidades y las circunstancias económicas. Sin darle a esta relación el carácter de absoluto, es de notar la contraposición de intereses belgas sometidos a los holandeses y los intereses milaneses, a los intereses de los austríacos. La unión aduanera

⁶⁴ SCHNERB, R.: op. cit., p. 49.

⁶⁵ SCHNERB, R.: op. cit., p. 56.

realizada en Renania es también un camino que preparó la unión política ⁶⁶.

De esta concentración industrial que se produce en la época, saldrá beneficiada la ciudad, aunque su estructura urbana no estaba prevista para estas circunstancias y se adapte mal a ella. La ascensión de la burguesía, cuyo ámbito son las ciudades, es quizás el rasgo más relevante de la época. Los burgueses han probado las ventajas de la libertad de comercio y no permitirán, de ninguna manera, un paso atrás en el sistema: buscan el modo de darle fuerza de ley. Por ello es de notar la interrelación que existe entre las naciones que se adscriben a la revolución industrial y su liberalismo político. La Constitución les parecerá el medio mejor para oponerse a la soberanía absoluta del monarca y asegurar sus conquistas. Libertad de reunión, de prensa, de asociación, de participación en asambleas legislativas, límites a la autoridad del soberano, serán los principios que los burgueses quieren afirmar, junto con su posesión a determinados bienes económicos ⁶⁷. Cuando estos principios hagan eclosión, bien se podía temer por el orden asegurado por el Congreso de Viena.

A estas líneas generales sobre el período, debemos agregar el movimiento de ideas, "en toda gran evolución de los asuntos europeos, primero aparece un cambio espiritual, después y originado por éste surge un cambio en la filosofía social y en consecuencia en las disposiciones de orden político; por último aparece el cambio económico como resultado de la nueva estructura política" ⁶⁸.

Los que creen que el retorno al pasado es el único camino de la sociedad y de la civilización, se ven representados por dos hombres que encarnan la voluntad de restauración político-religiosa, la unión del Trono y del Altar. Ellos son José de Maistre y Luis de Bonald, dos escritores de distinto valor. José de Maistre, en su juventud, perteneció a la franco-masonería, pues esperaba encontrar en ella la renovación del cristianismo. Su juicio sobre la revolución es categórico: "satánica". Para restaurar a Francia cree que hay que restablecer un poder absoluto, sin límites ni control, un rey que no tenga más límites que su conciencia y sin otro control que la justicia de Dios. Era la concepción de la monarquía de derecho divino,

⁶⁶ RENOUVIN, P.: op. cit., pp. 17-18.

⁶⁷ RENOUVIN, P.: op. cit., p. 12.

⁶⁸ BELLOC, HILAIRE: *La crisis de nuestra civilización*, Bs. As. Edit. Sudamericana, 1950, p. 146.

tal como la concebía Luis XIV. Pero esa autoridad plena en el estado, debía someterse a una autoridad más alta, la de Dios y por consiguiente a la de su Vicario sobre la tierra. Bajo la dirección paternal del Soberano Pontífice, Europa reencontraría su unidad ⁶⁹.

Luis de Bonald llegaba menos lejos que Maistre. Es un dialéctico minucioso que deduce y razona con vigor implacable. Sus demostraciones se asemejan a teoremas matemáticos. "En el Estado, el gobierno es la causa, el ministro el medio, el sujeto el efecto" ⁷⁰. Para Bonald, la democracia es una monstruosidad porque crea confusión entre causa, efecto y medio. Pretendía fundar todo sobre la Tradición (su doctrina dará origen al tradicionalismo), donde se debía buscar los orígenes de la sociedad. Es en nombre de la tradición que define un sistema político y social rígido, donde las instituciones debían tender a mantener lo que era. Este orden riguroso procedía de Dios. Sólo una restauración religiosa podía poner fin a la Revolución Francesa ⁷¹.

Europa vivía ya de acuerdo a otros patrones, los patrones románticos. El romanticismo se extendió luego de 1815 a Alemania, Inglaterra, Francia y España. Era no sólo un estilo literario, sino un estilo de vida. Los principios que la Revolución Francesa quiere restaurar en provecho de los individuos, son también válidos para las naciones, éstas realizarán la revolución nacional, los pueblos reclaman el derecho de disponer de ellos mismos. Napoleón mostró este ideal de unidad e independencia nacional a los alemanes e italianos, lección que no olvidarán ya.

Finalmente los principios de libertad, igualdad y fraternidad, ponían en tela de juicio las relaciones entre las clases sociales. La revolución social estaba en marcha y sobrepasará a las otras en poderío. La resistencia opuesta a la dominación napoleónica había hecho nacer la conciencia de la nacionalidad, pero "a partir de ahora, y esta fue la novedad, adoptó la forma de una doctrina" ⁷². Si queremos escoger una fecha para dar comienzo a este movimiento nacionalista en Alemania, podríamos fijarlo en Jena en 1806. Fichte en

⁶⁹ LEFLON, JEAN: *La crise révolutionnaire, 1789-1846*, en *Histoire de l'Eglise depuis les origines jusqu'à nos jours*, publiée sous la direction de A. Fliche et V. Martin, t. XX, Paris, Bloud & Gay, p. 365-366.

⁷⁰ LEFLON, J.: op. cit., p. 364.

⁷¹ LEFLON, J.: op. cit., p. 365.

⁷² RENOUNIN, P.: op. cit., p. 13.

su "Discurso a la nación alemana", sostiene que la encarnación terrena de la voluntad primordial, divina y eterna es la nación, el pueblo alemán, no sus gobiernos pisoteados o divididos⁷³. Pero la idea de nacionalidad aún no había madurado, se mantuvo confusa todavía. Hegel será el que saque consecuencias a la idea de nación y su teoría sobre el poder servirá al imperialismo prusiano.

El foco donde estos principios se discuten son las universidades, las alemanas fueron las más propicias. Alemania e Italia fueron los países que salieron más fraccionados del Congreso de Viena, la influencia del extranjero, su presencia, conseguirá hacer madurar el principio de las nacionalidades. Según la idea romántica, la evolución y el progreso están arraigados en el curso mismo de la naturaleza, se defendió la idea de que "toda institución que permanecía estática, por esa misma razón, debía ser mala"⁷⁴. Este romanticismo del progreso fue un factor importante en los movimientos de liberación nacional. "Romanticismo y nacionalismo van así el uno al encuentro del otro, o con más exactitud brotan de la misma fuente"⁷⁵. Las tendencias intelectuales de la época nos muestran que, tarde o temprano, la amenaza liberal y constitucional triunfaría.

A la oposición que significa para el orden restaurado en Viena estas ideas, debemos agregar el grupo de descontentos por la obra realizada. Los representantes de los pequeños príncipes que se vieron defraudados por el nuevo trazado de fronteras, unirán su decepción a la reacción contra el absolutismo. Un importante papel cumplen los militares de la época de Napoleón, la aristocracia de las armas se veía desplazada, estarán siempre prontos a subvertir el orden en el cual viven para retomar su antiguo papel. Los liberales de clase media estarán en la oposición y organizarán, como ya hemos descrito, revoluciones, pronunciamientos con estilo romántico. Las medidas represivas llevadas a cabo contra ellos, los estimularán más para formular un programa y tratar de defenderlo, uniéndose en sociedades secretas. "La revolución industrial estaba de parte de los liberales y lenta, pero seguramente iba ganando el poder"⁷⁶.

⁷³ HIRSCHBERGER, JOHANNES: *Historia de la filosofía*, Barcelona, Edit. Herder, t. II, p. 201.

⁷⁴ RANDALL, JOHN: *La formación del pensamiento moderno*, Bs. As., Edit. Nova, 1952, p. 447.

⁷⁵ RENOUVEN, P.: op. cit., p. 10.

⁷⁶ RANDALL, J.: op. cit., p. 447.

Estas ideas y estos cuadros, aún en la época que abarca nuestro estudio, no representan un peligro inmediato para el orden vigente. Las revoluciones del año 1820 son una primera conmoción que será fácilmente reprimida, no eran un movimiento de masas, sólo eran grupos restringidos que planeaban las rebeliones en las sociedades secretas. Plantean una amenaza, no para el orden territorial de 1815 —que se mantiene vigente en la mayor parte de sus disposiciones hasta 1870—, sino para el orden político y social. El zar Alejandro vuelve a plantearse el problema de la intervención conjunta de los estados, quiere reprimir las revoluciones y sostener los tronos.

Metternich se había opuesto a los planes del zar, su recelo hacia Rusia estaba presente. Pero cuando se produce la revolución en Nápoles, que afecta directamente sus intereses, el principio de intervención le parece plenamente aceptable. Austria está dispuesta a intervenir en los problemas internos de Nápoles, después de asegurar que las potencias europeas no reconocerán el gobierno surgido de la revolución. La Santa Alianza reunirá los Congresos de Troppau y Laybach para tomar medidas contra los focos de ideas subversivas.

Congreso de Troppau

El Congreso convocado por la Santa Alianza, reunido por sugerencia de Metternich, se reúne en la ciudad de Troppau, en Silesia, en diciembre de 1820. Asisten los soberanos de Austria, Prusia y Rusia, los ministros que los acompañaron son: por Rusia, Nesselrode Capo d'Istria; Francia estaba representada por Caramany La Ferronnays, e Inglaterra en la persona de Charles Stuart. Los soberanos de las grandes potencias estaban decididos a frenar los intentos revolucionarios, se había producido ya la revolución de España, Portugal y Nápoles. Los sucesos de Nápoles preocupan especialmente a Austria, porque amenazaban directamente los intereses austríacos en la península italiana.

Metternich redacta una Memoria que presenta al Congreso; en ella alude a la revolución de Nápoles como un mal que amenaza a toda Europa, y sostiene que "cuando los asuntos de un país son de tal naturaleza que son capaces de amenazarlo en sus justos intereses y de comprometer las bases de su existencia"⁷⁷, se justifica el derecho a intervenir en ese país.

⁷⁷ FERRANDO, J.: op. cit., p 108.

En la segunda parte de la Memoria, se exponían los principios que debían servir de base a las discusiones de los miembros de la Santa Alianza:

- 1º Inmutabilidad de los tratados, que después del año 1814 han establecido la organización europea y las relaciones mutuas de los estados;
- 2º El cambio habido en el reino de Nápoles exige la intervención de la Santa Alianza;
- 3º Austria, por cuanto que es la potencia más afectada por la revolución napolitana, es la que debe encargarse de restituir al rey Fernando en su trono absoluto, contando siempre con el apoyo moral de sus aliados ⁷⁸.

Austria hacía referencia al tratado firmado con el rey de Nápoles, repuesto en su trono por el Congreso de Viena, por el cual se comprometía a evitar toda innovación peligrosa. Si el rey se encontraba cautivo, el tratado perdía su valor. El Congreso deliberó secretamente en su sesión del 29 de octubre de 1820, sobre estas proposiciones. Las Cortes de las potencias aliadas coinciden en afirmar que la Revolución de Nápoles ha sido preparada por una sociedad secreta. Francia se inclinaba a solicitar al parlamento napolitano una reforma de la Constitución. Inglaterra se manifestó contraria a la política de intervención, sostuvo que “no desconocía el derecho de carácter excepcional de intervenir en los asuntos de otro país, pero sólo ejecutable e imputable dicho derecho, en este caso concreto, a Austria y a los príncipes italianos” ⁷⁹. Mantenía el principio, pero salvaba el caso concreto.

Austria, Prusia y Rusia publicaron el 19 de noviembre, un manifiesto en el que proponían abiertamente el principio de intervención, “los estados que forman parte de la alianza europea y sufren una alteración en su régimen interior, operada por las revoluciones y que eso sirva de amenaza para Europa, dejan de formar parte de esta Alianza”. Cuando los estados así alterados “hagan temer a otros países un peligro inminente por su proximidad, y

⁷⁸ FERRANDO, J.: op. cit., p. 109.

⁷⁹ FERRANDO, J.: op. cit., p. 111.

cuando las potencias pudieran ejercer a su consideración una acción eficaz y bienhechora, ellas emplearán para llevarla al seno de la Alianza, primero relaciones amigables, y luego la fuerza coercitiva, si el empleo de fuerza deviene indispensable”⁸⁰.

Los soberanos comunicaron a las demás potencias europeas las resoluciones tomadas y en una nota del 8 de diciembre de 1820, sostiene que “los acontecimientos del 8 de marzo en España, los del 2 de julio en Nápoles, la catástrofe de Portugal, deben necesariamente hacer nacer en todos los hombres que velan por la tranquilidad de los Estados, un sentimiento profundo de inquietud y de pena y un deseo de unirse y ponerse de acuerdo, para alejar de Europa todos los males prontos a caer sobre ella”. Y concluye: “todo deja esperar que la alianza constituida en las más críticas circunstancias, coronada por los más espléndidos éxitos y fortalecida por las convenciones de los años 1814, 1815 y 1818 en la manera en que se ha preparado y asegurado la paz del mundo, librando al continente europeo de la tiranía militar, será capaz de frenar la nueva dominación no menos tiránica, no menos espantosa, como es la de la sedición y del delito”. Tales eran los fines y los motivos de la reunión de Troppau⁸¹.

No queda duda que las revoluciones española, portuguesa y napolitana son condenadas, aunque los aliados siempre consideraron distinta la revolución española, en este caso también se la incluía. España, como protesta, envía una nota al Congreso, según ella las deliberaciones de los soberanos menoscaban la autoridad de los monarcas y la independencia de los estados. También envía una circular a los gobiernos de París y Viena, porque son los que más han contribuido a la intervención en Nápoles. Veremos luego que la circular no produce ningún efecto. La nota de protesta llegó al Congreso cuando éste finalizaba sus reuniones; España adoptó una política de neutralidad en la revolución de Nápoles. La Santa Alianza dio seguridades de no intervención en los asuntos españoles, esta actitud sería mantenida sólo por un tiempo.

El Congreso de Troppau decidió invitar al rey de Nápoles a hacerse presente en el mismo, para ello acordó reunirse en Laybach.

⁸⁰ WEILL, G.: op. cit., p. 55.

⁸¹ FERRANDO, J.: op. cit., p. 112.

Congreso de Laybach

El Congreso de Laybach se reúne en enero de 1821, de acuerdo a la decisión tomada en Troppau. La Santa Alianza, por sugerencia del zar Alejandro, decidió invitar a los príncipes italianos y al mismo rey de Nápoles, al Congreso. El zar llegó al Congreso más inclinado que nunca a la reacción contra los movimientos revolucionarios; a su paso por Polonia encontró una oposición inesperada, que lo confirmó en su actitud de reacción. Los soberanos se reúnen, pues “por todas partes el mal presenta el mismo carácter, por todas partes un mismo espíritu dirige esta funesta revolución”⁸². Metternich, en nombre de los aliados, afirmó que “la revolución napolitana, por sus medios y sus fines, era peligrosa para el resto de la península italiana y que era efecto del espíritu revolucionario que de tiempo ha existía, por lo que se pedía la voluntaria anulación del gobierno constitucional o se emplearían medios para destruirlo. Tal decisión —decía— era inmutable”⁸³. El rey de Nápoles se manifestó dispuesto a aceptar la intervención austríaca en su reino, si no se lograba anular la Constitución.

El Congreso se abocó, entonces, a la tarea de determinar cómo debía hacerse esa intervención. Se decidió la restauración del principio de legitimidad y la monarquía de derecho divino, desplazada por la Constitución. Se resolvió, que “la ocupación duraría el tiempo necesario para garantizar la paz del reino y la seguridad del resto de la península; y que ninguna contribución de guerra sería impuesta al Reino de Nápoles, si éste espontáneamente destruyese el gobierno constitucional”⁸⁴.

El 24 de marzo entraban las tropas austríacas en Nápoles, poniendo fin a la vigencia de la Constitución —inspirada en la española— y reponiendo al rey en su trono. Aún sin disolverse el Congreso, llega a Laybach la noticia de la rebelión del Piamonte; los soberanos declaran, que “en el momento mismo que su generosa determinación se cumple en el Reino de Nápoles, una rebelión de género más odioso aún, si ella es posible, estalla en el Piamonte”. Ningún principio los ha contenido, “el plan de una subversión total está trazado, el Trono y el Estado ha sido turbado, el juramento

⁸² Declaración de los soberanos reunidos en Laybach, Laybach, 12 V. 1821, A. H. N., Madrid, Estado, 2579, 3.

⁸³ FERRANDO, J.: op. cit., p. 118.

⁸⁴ FERRANDO, J.: op. cit., p. 118.

violado, el honor militar desconocido y el olvido de todos los deberes ha llevado la llama de todo desorden”⁸⁵. Carlos Alberto, nombrado rey del Piamonte por la abdicación de su hermano Víctor Manuel, reprobó lo acaecido y solicitó a Austria la ayuda de 15.000 soldados. Novara fue el fin de la revolución piamontesa.

Los soberanos antes de separarse, en una declaración conjunta, explican las causas de la intervención. Las revoluciones, según ellos, están basadas en falsas doctrinas, “es sobre criminales asociaciones que ellos fundan una más criminal esperanza”⁸⁶. La referencia a las sociedades secretas y especialmente a los carbonarios es continua en el documento, se habla del “peligro de esta conspiración”. Por ello los aliados se ven en la obligación de socorrer a los pueblos subyugados y “el pueblo ha considerado el empleo de la fuerza como un apoyo en favor de su libertad y no como un ataque contra su independencia”⁸⁷. Pretende ser un documento doctrinal donde no solamente se explican las razones de la actitud tomada, sino que se la justifica.

Los aliados enuncian el principio en el cual basan toda su política: “*conservar todo lo que ha sido legalmente establecido*. Tal ha sido el principio invariable de toda su política, el punto de partida, el objeto final de todas sus resoluciones. Los monarcas se han propuesto el bien de los pueblos, están dispuestos a luchar por él”, si aún no lo han conseguido conforme a sus deseos, es porque “han debido concentrar todos sus pensamientos sobre los medios de oponer diques a los progresos de una facción, que expandiendo alrededor de ella el error y el descontento, el fanatismo ha puesto en problema la existencia del orden público”, por eso declaran que “los cambios útiles o necesarios en la legislación y administración de estados, no deben emanar más que de la voluntad libre, de la reflexión aclarada de aquéllos, que Dios ha puesto como responsables del poder”⁸⁸.

Austria había hecho triunfar su política, realizó por medio de un mandato europeo lo que de todos modos ella hubiera realizado. Así se iniciaba la política de intervención. Inglaterra se opuso a

⁸⁵ *Ibid.*, Est. 2579, 3.

⁸⁶ Declaración de los soberanos reunidos en Laybach, Laybach, 12.V.1821, A. H. N., Madrid, Estado 2579, 4.

⁸⁷ *Ibid.*, Est. 2579, 3.

⁸⁸ *Ibid.*, Est. 2579, 3.

ella, en otras oportunidades lo había hecho notar; hizo pública su posición contraria a dicho principio en la nota del 5 de mayo de 1820. Esta nota, según Renouvin, marca una fecha en la evolución del sistema europeo. Refiriéndose a la alianza entre las cuatro potencias victoriosas, la nota sostenía que había sido realizada “para poner al continente al abrigo de las ambiciones francesas, nunca ha tenido por objeto constituir una unión para el gobierno del mundo o para la superior vigilancia de los asuntos interiores de los estados”. Se trataba de “proteger a Europa contra un poder revolucionario de forma militar, y no de poner trabas al éxito de las ideas liberales”⁸⁹. Por estas razones el gobierno inglés no adhería.

En Nápoles como en Piamonte fueron repuestos los reyes con poder absoluto. Las principales figuras del movimiento liberal se vieron en la necesidad de emigrar a otros países europeos, pero encontraron dificultades en sus actividades, pues los gobiernos pondrían trabas a su proselitismo. Los militares prefirieron la península ibérica y los veremos actuar al lado de los liberales españoles y portugueses. La política de la Santa Alianza había triunfado.

La intervención en Nápoles, anticipo de la política a seguir en España

Hemos visto la acción llevada a cabo en Nápoles por los Congresos de Troppau y Laybach. La acción diplomática de España en el transcurso de los mismos fue débil. Algunos temían que esa política fuera el anticipo de la que se llevaría a cabo en la península, pero no se tomaron medidas para evitarlo. El gobierno de Madrid quedó tranquilo con las seguridades, más o menos explícitas, dadas por los gobiernos inglés y francés.

El gobierno español trata de averiguar cuáles son las medidas que se tomarán para actuar contra las revoluciones, pero no ejerce una acción diplomática hábil. Es cierto que sus embajadores apoyaron las revoluciones, pero será el resultado de una acción personal llevada a cabo más por una convicción, que por una acción concertada de común acuerdo con el gobierno español.

Reunido el Congreso de Troppau se indica al embajador español cerca del gobierno de Londres, que “siga sus averiguaciones sobre lo que se tratará en Troppau, acerca de las cosas de Espa-

⁸⁹ RENOUVIN, P.: op. cit., p. 49.

ña”⁹⁰, ya que se sospecha que se abordará ese tema. Reunido el Congreso se sabe, que además de intentar una acción diplomática en Nápoles y solicitar que el rey se presente ante los aliados, se ha abordado el tema de España y Portugal. Con respecto a Portugal nada se ha decidido, pues se espera la llegada del rey de Portugal; en cuanto a España se ha tratado sólo de paso, los monarcas creen que está expuesta “a las mayores calamidades”⁹¹. Se cree que en la próxima reunión —posiblemente a realizarse en Viena— se tratará especialmente el tema porque el plan dado a conocer en Trop-pau con respecto a Nápoles, es la “base de las medidas generales que deben tomarse para precaver el contagio de las revoluciones, llamadas en el día militares, y esas medidas serán, sin duda, aplicadas más o menos directamente a la España y Portugal”⁹².

Frías trata de conseguir noticias confidenciales por medio de sus relaciones personales, es por ello que se entrevista con Cimitile —embajador del gobierno de Nápoles, aún no reconocido por el gobierno inglés—, quien le asegura que es propósito de la Santa Alianza, “después de la intervención en Nápoles, ocuparse de los asuntos de España”⁹³. Favorece a España su situación geográfica, pues según le relata Cimitile, Metternich le aseguró, en una conversación, que “España está trop loin”, a lo que se agrega el hecho que toda Europa ha reconocido el cambio de gobierno efectuado en España⁹⁴.

El duque de Frías debe expresar ante el gobierno inglés los “fatales resultados que produciría en España cualquier medida violenta contra Nápoles”⁹⁵. A estos fines sostuvo una reunión con el secretario de Estado, a quien hizo notar “los funestos efectos que una medida violenta por parte de los soberanos aliados, traería a la tranquilidad interna de la península”, como consecuencia originaría, seguramente, conmociones internas, que el gobierno difícilmente

⁹⁰ Frías a Pérez Castro, Londres, 12.XI.1820, A. H. N., Madrid, Est. 5471, 254.

⁹¹ Frías a Pérez Castro, Londres, 20.XII.1820, A. H. N., Madrid, Est. 5471, 269.

⁹² *Ibid.*, Est. 5471, 269.

⁹³ Frías a Pérez de Castro, Londres, 27.XII.1820, A. H. N., Madrid, Est. 5471, 285.

⁹⁴ *Ibid.*, Est. 5471, 285.

⁹⁵ Frías a Pérez de Castro, Londres, 6.I.1821, A. H. N., Madrid, Est. 5472, 299.

podría evitar. Si el orden interno se alterase esto repercutiría en las relaciones de España con los otros países, porque “el ataque indirecto de nuestra ley fundamental y del origen de nuestra reforma social amagado en Italia”, podría facilitar el triunfo de grupos menos moderados. El embajador español insistió en la diferencia de la revolución española con la napolitana, pues su Constitución estaba reconocida en Europa desde el año 1812. Por otra parte el país está muy lejos de los alcances de Prusia, Rusia e Austria, y a pesar de que han pasado algunos años, los españoles no han “olvidado el modo de repeler la fuerza con la fuerza”.

Lord Castlereagh asintió a los argumentos presentados por el ministro y le agregó a sus observaciones, que lo que marca una diferencia fundamental entre la revolución española y la napolitana, era que en España “no existían sociedades propagandistas de la revolución para los países extranjeros, como los carbonari”. Frías alegó que según las noticias que se tenían, el cambio en Nápoles se había realizado de acuerdo con el rey, y que “cualquier intervención extranjera en los negocios de las Dos Sicilias, además de vulnerar su independencia, comprometería la paz interior de España”⁹⁶.

Como hemos aludido, España cursa una circular a los gobiernos de París y Viena por medio de sus representantes, para reclamar por la intervención en Nápoles. Estos gobiernos son los que más se han opuesto y “anatematizado como ilegítima y subversiva, la constitución de una monarquía legítima”. Esto hace pensar que si “España estuviera en iguales circunstancias que Italia, seguiría suerte pareja a Nápoles”⁹⁷. Los principios españoles, en este caso, se han ajustado al derecho de gentes, aunque Austria ha calificado a la Constitución española como “código de la anarquía”⁹⁸.

El gobierno español insistirá en estos principios, en una entrevista sostenida entre el Secretario de Estado, Pérez de Castro y el embajador inglés, sir Henry Wellesley. Este último dio seguridades que Inglaterra no se mezclaría en los asuntos internos de España, aunque sostenía que la revolución de Nápoles “estaba en otra categoría y merecía la intervención, que han creído tomar las potencias

⁹⁶ *Ibid.*, Est. 5472, 299.

⁹⁷ Frías a Pérez de Castro, Londres, 22.I.1821, A. H. N., Madrid, Est. 5472, 330.

⁹⁸ *Ibid.*, Est. 5472, 330.

del Norte”⁹⁹. En las resoluciones de Troppau se llama la atención sobre los sucesos ocurridos en España, Nápoles y Portugal y por lo que se dice de las instituciones españolas, Pérez de Castro deduce “que se concita contra España una disposición semejante a la de Nápoles, lo que obliga a hacer declaraciones decorosas”. El embajador inglés se apresuró a afirmar, que lo realizado en Nápoles “no debía entenderse que se iba a hacer con España” y preguntó si quedaría satisfecho el gobierno español si “las tres potencias declarasen que no era su intención mezclarse en las cosas de España. El Secretario de Estado español, afirmó la conveniencia de la declaración, al mismo tiempo que establece que “no hay derecho justo para intervenir en las cosas de los napolitanos, porque el principio está ofendido y España no reconocerá jamás ninguno que ataque la independencia de las naciones”. Por ello le insiste a Frías, que manifieste en las conversaciones que “no reconocerán el nuevo derecho de gentes, que quieren imponer y que sería demencia querer aplicar a España, con el fin de evitar que se piense en tratarnos directa o indirectamente, conforme a esos inadmisibles principios”¹⁰⁰.

En Madrid se realiza una nueva entrevista entre los dos ministros antes nombrados. Wellesley la solicitó a efectos de presentar al gobierno español, la circular inglesa a sus representantes en los países extranjeros, que constituía “la profesión de fe del actual gabinete de S. James”, que estudiaremos detenidamente luego, referente al derecho de gentes en lo relativo a la independencia de los estados libres en sus problemas internos. En la audiencia Wellesley afirmó, que las medidas tomadas por los aliados en Nápoles, no tuvieron la intención de “inquietar a España, ni inferirse en su reforma política”; la situación de Nápoles es diferente y es intención de Gran Bretaña, “no meterse de manera alguna en nuestros negocios domésticos”¹⁰¹.

El embajador español cerca del gobierno de París, marqués de Santa Cruz, coincide en atribuir iguales intenciones a los aliados y afirma, que el gobierno francés ha asegurado “que no se mezcla-

⁹⁹ El secretario de Estado al Duque de Frías, Palacio, 8.II.1821, A. H. N., Madrid, Est. 5472.

¹⁰⁰ *Ibid.*, Est. 5472.

¹⁰¹ El secretario de Estado al Duque de Frías, Palacio, 20.II.1821, A. H. N., Madrid, Est. 5472.

rá en nuestros asuntos constitucionales, ni permitirá que otra potencia se mezcle, valiéndose de su territorio o frontera, por eso da las seguridades más positivas esperando que el gobierno español quede satisfecho”¹⁰². Pérez de Castro espera que así como el gobierno francés ha otorgado seguridades al gobierno español, el gabinete inglés no será menos y “fije esas seguridades por escrito”, ya que sería lamentable que Inglaterra se quedase atrás en cuanto a medidas liberales. “Sería ésta la correspondencia justa a las seguridades dadas por España, de que no se mezclará ni indirectamente en las mudanzas de otro pueblo”¹⁰³.

Los esfuerzos realizados por el duque de Frías serán infructuosos para conseguir las seguridades inglesas por escrito; reconoce que el gobierno inglés no da la razón a nadie, ni la quita. En cuanto al efecto que han producido en el gobierno las notas enviadas a los gobiernos de Viena y París, Frías reconoce que van “perdiendo el valor de la novedad y de la sorpresa, con que fue acogida por la Europa entera”¹⁰⁴.

En enero de 1821 se reúne el Congreso de Laybach y vuelven a reeditarse los rumores sobre intervención en la península. Castle-reagh sale al paso de ellos en la Cámara, anunciando que “no existe proyecto de invadir los Pirineos”¹⁰⁵.

Meses más tarde Europa será perturbada por la tensión existente entre Rusia y el Imperio Turco, por la independencia de Grecia. Algunos creen que Inglaterra para distraer a Rusia en su expansión hacia Oriente, intentaría una unión con Austria para destruir el sistema español. El plan a primera vista parece inverosímil, pero enmarcado en la rivalidad anglo-rusa adquiere visos de probable¹⁰⁶.

España creyó y confió en las seguridades otorgadas por los gobiernos inglés y francés, en las sucesivas manifestaciones de no ingerencia en los asuntos internos de la península, en las diferencias —una y otra vez afirmadas—, entre la revolución española y la napolitana, y no llevó a cabo ninguna acción diplomática eficaz

¹⁰² *Ibid.*, Est. 5472.

¹⁰³ El secretario de Estado al Duque de Frías, Palacio, 25.III.1821, A. H. N., Est. 5472.

¹⁰⁴ Frías a Pérez de Castro, Londres, 23.III.1821, A. H. N., Est. 5472, 389.

¹⁰⁵ Frías a Pérez de Castro, Londres, 5.V.1821, A. H. N., Est. 5472, 482.

¹⁰⁶ L. de Onís a E. de Bardaxi, Londres, 14.IX.1821, A. H. N., Est. 5472, 64.

que previera una posible intervención. El tiempo y los posteriores acontecimientos demostrarán que la intervención en Nápoles era el anticipo de la política a seguir en España.

IV

EL SISTEMA CONSTITUCIONAL EN PORTUGAL Y LA VIGILANCIA INGLESA

Las relaciones hispano-portuguesas en el Trienio Constitucional revelan un aspecto muy importante de la política exterior española durante este período. Portugal sigue el ejemplo español adoptando la Constitución de Cádiz de 1812; en Oporto se produce un movimiento militar cuyas consecuencias serán la deposición de la Regencia Beresford y el triunfo del Constitucionalismo. Se plantea así la posibilidad para el gobierno español, de realizar un nuevo intento de unión de los dos estados. En efecto, esta idea es compartida por los liberales portugueses y españoles; sin embargo a pesar de una fatigosa negociación, la tentativa fracasa. Si bien es cierto que los obstáculos provinieron de los dos gobiernos, podemos igualmente afirmar que la presencia inglesa, cuyo gobierno seguía muy de cerca los acontecimientos de Portugal, presionó y contribuyó al fracaso de la gestión.

A partir de entonces se reafirma la influencia inglesa en la política portuguesa. Inglaterra, que durante muchos años había gozado de privilegios comerciales en Portugal, encamina su política con el objeto de mantener sus prerrogativas, a pesar del cambio operado en el gobierno portugués. Producida la invasión francesa, Portugal no tendrá nada que temer, pues recibirá seguridades del gobierno inglés que su país no será invadido. El período constitucional termina poco después, en el país lusitano, con la rebelión del infante D. Miguel, en Villa Franca, a favor del régimen absoluto. Trataremos de señalar las líneas generales del proceso, destacando los aspectos más interesantes ¹⁰⁷.

¹⁰⁷ Para el estado actual del problema véase: EIRAS ROEL, ANTONIO, *La política hispano-portuguesa en el Trienio Constitucional*, en *Hispania*, XXIII, n° 91, Madrid, 1963, p. 41-454. Las fuentes sobre las que realiza su trabajo son: Correspondencia diplomática entre la Legación española en Lisboa y la Secretaría de Estado en Madrid, A. H. N., Sección de Estado; LEMOS, EUGE-

Adopción de la Constitución española de 1812

Recordemos al comenzar, que producida la invasión napoleónica a la península ibérica, la familia real portuguesa emigra a sus posesiones brasileñas, conducida en naves inglesas. Al frente del reino quedó como regente el infante D. Pedro, que poco tiempo después sigue a la familia real a Brasil. La invasión francesa empobreció al país, que quedó como "un sudario de miseria y soledad"¹⁰⁸. El rey permaneció en Brasil y el gobierno portugués fue ejercido por la Regencia Beresford.

Producida la revolución española, al poco tiempo, en agosto de 1820, "revienta la revolución"¹⁰⁹ en Portugal, se produce un levantamiento en Oporto y en octubre es depuesta la Regencia Beresford en Lisboa. El gobierno provisorio, surgido de la revolución, decide instaurar un régimen constitucional. El ejército portugués se pronuncia y obliga a la Junta provisional a establecer la Constitución española de 1812; de esta manera quedan los dos gobiernos peninsulares regidos por el mismo Código, es el triunfo definitivo del constitucionalismo¹¹⁰. El gobierno portugués llevará a cabo, según el método español de la Constitución gaditana, las elecciones de Cortes. Verificadas éstas, las Cortes portuguesas se instalan solemnemente, el 24 de enero de 1821¹¹¹.

La historiografía portuguesa, confirma la participación del representante español cerca del gobierno de Lisboa, José María Pando, en la revolución portuguesa. Pando confirma estas sospechas, reconociendo los rumores que circulan sobre su actuación¹¹². El gobierno constitucional español nombró a Pando representante cerca del gobierno de Lisboa; Pando, conocido por sus ideas liberales, se constituirá, como la mayor parte de los embajadores españoles, en un activo propagandista de los principios liberales; es al mismo tiempo "un diplomático sagaz y previsor, cuyos informes al Se-

NIO DE, *A vida política de Espanha vista por um diplomata português* (1820-1822) en *Anales de la Asociación española para el progreso de las ciencias*, XVII, 1952, p. 771-829.

108 OLIVEIRA MARTINS, J. P.: *Historia de Portugal*, 12 edic., Lisboa, A. M. Pereira Librería Editora, 1942, t. II, p. 250.

109 OLIVEIRA MARTINS, J. P.: op. cit., p. 255.

110 OLIVEIRA MARTINS, J. P.: op. cit., p. 255.

111 EIRAS ROEL, A.: op. cit., p. 408.

112 Pando al Conde de Feira, Lisboa, 15.IX.1820, A. H. N., Madrid, Est. 4572.

cretario de Estado en su gobierno, constituyen una fuente valiosísima para el conocimiento de la política portuguesa del momento”¹¹³.

El partido liberal portugués que realizó la revolución, de la misma manera que acontecía en España, está formado por una pequeña minoría. Sus principales representantes son Fernandez Thomás, Silva Carvalho, Ferreira Borges, Ferreira de Moura, que los veremos actuar a lo largo del Trienio identificándose con las orientaciones del gobierno español, constituyen “el partido radical y españolista”¹¹⁴. El resto del país no participó de la revolución, “la masa general del pueblo permaneció pasiva e indiferente”¹¹⁵.

El rumbo que toma el gobierno constitucional de Portugal en sus primeros meses de vida, decepcionará lentamente el entusiasmo de Pando. Su deseo era constituir un frente común en la Península para triunfo del constitucionalismo. Pando acusa al gobierno portugués de dirigir las elecciones de diputados a Cortes¹¹⁶, ello demuestra la mala fe con que actúan los nuevos constitucionales portugueses y constituye un serio inconveniente para las relaciones amistosas, entre los dos países. Por otra parte, en el gobierno español, subsiste latente el descontento por la invasión a la Banda Oriental, realizada en el año 1816, por tropas portuguesas al mando del general Leçor, con la consiguiente toma de Montevideo y la anexión de dicha región a Brasil con el nombre de Provincia Cisplatina.

A su vez el gobierno portugués manifestaba cierto malestar, pues luego de varios meses de producida la revolución en Portugal, el gabinete de Madrid no había reconocido al nuevo gobierno portugués surgido de la revolución. Posiblemente la razón que motivaba esta actitud del gobierno de Madrid era, que para pronunciarse, esperaba la decisión del rey portugués.

Las relaciones hispano-portuguesas en el primer trimestre del año 1821, reconocen la influencia de la situación interna de los dos países por un lado, y de la situación internacional por otro lado. La situación interna de los dos estados peninsulares influye en “la opinión desfavorable que recíprocamente llegan a merecerse, a tenor de los pesimistas informes de sus representantes, que insensi-

¹¹³ EIRAS ROEL, A.: op. cit., p. 406.

¹¹⁴ EIRAS ROEL, A.: op. cit., p. 409.

¹¹⁵ Pando al Secretario Interino de Estado, Lisboa, 22.III.1821, A. H. N., Madrid, Est. 4527, 206.

¹¹⁶ *Ibid.*, Est. 4527, 206.

blemente los empujan hacia un distanciamiento mutuo". La situación internacional plantea "la amenaza del peligro exterior y del retorno al Antiguo Régimen, encarnada en los Estados absolutistas de la Santa Alianza, que los hace sentirse necesarios mutuamente para la común defensa y los mueve a buscar la compenetración entre ambos. Entre estos dos polos se mueve la aguja inmantada de las relaciones ibéricas, oscilando permanentemente al reflejo de la situación internacional y de las noticias que llegan del exterior"¹¹⁷.

Pando se muestra decepcionado por las realizaciones del gobierno constitucional, sostiene que el gobierno impide el ejercicio pleno de la libertad; el futuro congreso será controlado por el partido de los privilegiados que ha obtenido mayoría en las elecciones, al mismo tiempo no se fija la fecha de reunión del Congreso y la demora no es objeto de ninguna explicación¹¹⁸. Finalmente se reúnen las Cortes, se nombra una nueva Regencia y se presentan las bases constitucionales, inspiradas en las españolas para elaborar una nueva constitución. La discusión de dichas bases demuestra una vez más la identificación de los hombres de gobierno con un liberalismo moderado; el ministro de Asuntos Exteriores, Anselmo Braamcamp, manifestó la necesidad de adoptar una constitución semejante a la francesa, porque "los soberanos aliados no transijirán nunca con las máximas sobre las que estriba la constitución española..."¹¹⁹.

Este juicio está influido por la imagen internacional que España adquiere a lo largo del Trienio; los continuos tumultos forjan en los gabinetes europeos, una imagen de caos y anarquía. Por otra parte, el enviado portugués cerca del gobierno de Madrid, Castro Pereira, cuñado de Braamcamp, confirma esta impresión con los informes que envía desde Madrid. Su opinión es que la constitución española otorga poca fuerza al gobierno ejecutivo y ello favorece los disturbios¹²⁰, la solución estaría en la adopción de un régimen a la francesa.

Así se desarrollan los primeros meses de gobierno constitucional en Portugal, con recelo en sus relaciones con el gabinete de Madrid; no es ajena a esta situación la influencia que el gabinete inglés tiene en el nuevo gobierno.

117 EIRAS ROEL, A.: op. cit., p. 411.

118 Pando a Pérez de Castro, Lisboa, 6.I.1821, A. H. N., Est. 4528, 171.

119 Pando a Pérez de Castro, Lisboa, 28.II.1821, A. H. N., Est. 4528, 197.

120 EIRAS ROEL, A.: op. cit., p. 414.

La vigilancia inglesa

El gobierno inglés estuvo atento, desde el primer momento, a los sucesos de la revolución portuguesa; su principal objetivo será impedir, en lo posible, la reunión de los dos estados de la península. Por ello, no bien producida la revolución en Portugal, señaló al gobierno español la intervención del ministro español en los sucesos revolucionarios. El gobierno liberal de Madrid, por su parte, envía órdenes a su embajador cerca del gobierno de Londres, para que “emplee la mayor vigilancia en descubrir, no sólo que piensa el gobierno de los recientes sucesos de Portugal y si medita alguna expedición o medidas represivas... , sino también qué dirección se propone tomar su política con respecto a la Corte de Brasil”¹²¹. Se sabía en Madrid que el gobierno inglés tenía intención de enviar buques de guerra a Portugal, a recoger los militares ingleses.

El duque de Frías en cumplimiento de esta orden sostendrá una conferencia con Castlereagh, ministro de Negocios Extranjeros inglés. El ministro inglés refirma su opinión sobre la conducta impropia del embajador español, Pando, al mismo tiempo que insinuó que “esperaba no reconoceríamos jamás la Junta de Oporto, que era un conjunto de sublevados, puesto que la autoridad legítima residía en la Regencia nombrada por el rey de Portugal”¹²²; inmediatamente insistió que Frías diera una contestación sobre el particular. El embajador español respondió con principio generales, “*que el rey respetaba siempre los derechos de los demás pueblos*”. La opinión de Frías es que “el gabinete inglés está como aturdido desde los sucesos de Portugal”¹²³.

Quizás sea un poco difícil compartir esta impresión, posiblemente la actitud inglesa sea de expectativa frente a los sucesos. Frías traza el panorama de las consecuencias que acarrearía al gobierno inglés, la pérdida de Portugal y recuerda que Inglaterra superó la crisis de las guerras napoleónicas gracias a las costas portuguesas, por esta razón es posible que en este momento “Inglaterra haga esfuerzos por sostener la tutela y estado feudatario a que se halla reducido la porción europea, de los dominios de S.M.F.”. Según el

¹²¹ Secretario de Estado al Duque de Frías, Madrid, 30.IX.1820, A. H. N., Est. 5471.

¹²² Duque de Frías a Pérez de Castro, Londres, 24.IX.1820, A. H. N., Est. 5471, 108, el subrayado pertenece al texto.

¹²³ *Ibid.*, Est. 5471, 108, el subrayado pertenece al texto.

embajador inglés, la política inglesa busca hace mucho tiempo “multiplicar los abrigos o escalas de sus navegaciones, así como los mercados para sus manufacturas”, este objetivo es el que le ha llevado a apoderarse de Gibraltar.

La idea de la unión, “sino absoluta, por lo menos federativa, de Portugal y España”, es lo que sugiere el duque al gobierno español, como fin inmediato de la política exterior del gabinete¹²⁴. Ello demuestra que los temores del gobierno inglés no eran infundados, pues la idea de la unión de los dos gobiernos, es una meta que los constitucionales españoles se propusieron inmediatamente después que se produjo la revolución portuguesa. Son estos objetivos los que otorgan relevancia a las relaciones hispano-portuguesas durante el Trienio, Inglaterra ve en ello un peligro para sus intereses comerciales, de allí se deduce su actitud de expectativa al comienzo de la revolución portuguesa y de estricta vigilancia posteriormente.

Poco tiempo después, Frías volverá a manifestar que el gobierno inglés “en un principio estuvo decidido a sostener la antigua Regencia con navíos y tropas, pero la rapidez de la propagación del movimiento insurreccional, la inquietud del comercio inglés, la depresión de los fondos públicos, las categóricas interpelaciones del Parlamento, hicieron cambiar de política al gabinete”. Transcurridos los primeros meses de la revolución, la actitud del gobierno inglés es de “neutralidad y pasiva expectativa, hasta saber que medidas toma la corte de Brasil¹²⁵.

La preocupación del gobierno inglés está concentrada en los proyectos del gabinete español, con respecto a la revolución portuguesa. Castlereagh se lo manifiesta una vez más al duque de Frías, en una conferencia preguntándole qué proyectos tenía España referente a Portugal. Frías volvió a negar que existiese algún plan y sostuvo, que “España no trataba de adquirir Portugal, era una acusación ridícula y calumniosa”¹²⁶. Solicitó al gobierno inglés que no diese crédito a los diplomáticos portugueses y le hizo notar que “Inglaterra (garante de Portugal en Viena y Aix-la-Chapelle) no había cortado su comunicación con aquel país *en las relaciones de hecho, y aún conservaba la legación portuguesa en Londres*”¹²⁷.

¹²⁴ *Ibid.*, Est. 5471, 108.

¹²⁵ Frías a Pérez de Castro, Londres, 24.X.1820, A. H. N., Est. 5471, 162.

¹²⁶ Frías a Pérez de Castro, Londres, 24.XI.1820, A. H. N., Est. 5471, 215.

¹²⁷ *Ibid.*, Est. 5471, 215, el subrayado pertenece al texto.

En Portugal existía un grupo minoritario de fuerte tendencia liberal, que anhelaba la unión con España, posiblemente porque la unión se constituiría en garantía del régimen liberal. Esta opinión la sostiene D. José Meneses, comisionado por el gobierno de Portugal en la corte inglesa, quien sostiene frecuentes conferencias con el Duque de Frías y le manifiesta, que la estrecha amistad de los dos países conviene recíprocamente “por ser comunes los intereses esenciales de uno y otro pueblo. . . los extranjeros serían los que se opondrían a la indicada incorporación más que los portugueses”¹²⁸.

El rey de Portugal, residente en Río de Janeiro, tuvo conocimiento de la revolución realizada en la metrópoli; en Lisboa se deseaba que el rey regresase y jurase la Constitución, pero eran muchos los rumores que circulaban, algunos sostenían que el rey enviaría a su heredero, mientras él permanecía en Río de Janeiro. El ministerio inglés mantiene una activa correspondencia con el gabinete portugués de Brasil, es más, podemos afirmar que la mayor parte de las noticias que circulan en Lisboa sobre el regreso del rey provienen de Londres, no son efecto de una comunicación directa con la colonia del Brasil. Inglaterra manifestará su opinión sobre la revolución portuguesa de Juan VI, aprobando la misión del conde Palmella a Río. Las instrucciones dadas por el gobierno portugués a su representante, que contaban con la aprobación del gabinete de S. James, insistían en que el rey de Portugal reconociese el cambio efectuado en la metrópoli, y accediese a la constitución redactada por las Cortes. El representante portugués cerca del gobierno de Londres, era D. José de Souza, cuñado de Palmella y de quien Frías dice “está dirigido enteramente por L. Castlereagh y su conducta es en consecuencia enteramente neutral o pasiva”, no existe la menor duda “de la intimidad y concierto con que obra Palmella en el Brasil y su hermano con el gabinete en Londres”¹²⁹. El gobierno inglés espera que en Río de Janeiro no se haya tomado ninguna iniciativa importante, antes de la llegada de Palmella. Al mismo tiempo, traza el gabinete de S. James, planes sobre su futura actitud en el caso que el rey de Portugal esté dispuesto a rechazar la constitución. Según Frías la po-

¹²⁸ Frías a Pérez de Castro, Londres, 20.XII.1820, A. H. N., Est. 5471, 262.

¹²⁹ Frías a Pérez de Castro, Londres, 6.I.1821, A. H. N., Est. 5472, 301.

lítica a seguir, en esas circunstancias, se reducirían a “*lo que llaman relaciones de hecho*, evadiendo así compromisos embarazosos”¹³⁰.

Se cree también, que el gabinete de Río de Janeiro estaría dispuesto a “reclamar del británico la garantía dada terminantemente en Viena y Aix-la-Chapelle, pero se anuncia con algún fundamento, que la respuesta para semejante caso será que la garantía de que se trata se entiende únicamente respecto a la integridad del territorio, cuando lo intentase violar la ambición extranjera y no la perpetuidad de un sistema de gobierno, contrario a las luces del siglo y a los deseos de las naciones, aún cuando la reclamación viniese transmitida y apoyada por el conducto de Austria, cogarante de Portugal y enlazado a él por vínculos de familia”¹³¹. Adelantemos desde ya, que esas seguridades territoriales, serán otorgadas por Inglaterra en el momento en que se realiza la invasión francesa a España.

Las cortes portuguesas se apresuran a sancionar la Constitución, temen que la llegada del rey de Río de Janeiro o algún representante en su nombre, anule la obra realizada por los constitucionales, “tienen como proverbio de *Río nunca tem vindo coisa boa*”¹³², aunque están decididos a no admitir constitución, ni bases que no hayan sido hechos por ellos, sólo desean que el rey jure la Constitución. Posiblemente influye en esta determinación la situación colonial portuguesa, el país está empobrecido, y se quiere “quitar toda esperanza al gabinete de Río de sacar de la parte europea hombres y dinero, como hasta ahora”¹³³.

El gobierno inglés sostendrá su política de neutralidad con respecto a la revolución portuguesa, pero deja establecido que espera que “España no intervenga en Portugal”¹³⁴. El gabinete de Madrid tiene la impresión que el regreso del rey a Portugal, ha sido en gran medida promovido por el gobierno de S. James como una medida para la seguridad europea, seguridad que redundaría en beneficio de Inglaterra que en todo momento vigiló la revolución de Portugal para mantener su tradicional influencia en el país lusitano e impedir la reunión con la nación española.

¹³⁰ *Ibid.*, Est. 5472, 301, el subrayado pertenece al texto.

¹³¹ *Ibid.*, Est. 5472, 301.

¹³² Frías a Pérez de Castro, Londres, 15.II.1821, A. H. N., Est. 5472, 379.

¹³³ *Ibid.*, Est. 5472, 379.

¹³⁴ Frías a Anduaga, Londres, 9.IV.1821, A. H. N., Est. 5472, 452.

La alianza ibérica

El hecho más relevante de las relaciones hispano-portuguesas, en el período que estamos considerando, lo constituye el proyecto de alianza ibérica. La alianza no llegó a realizarse por diversos motivos, pero significó un intento importante en las relaciones diplomáticas entre los dos países. La causa que apresura el objetivo señalado es la reunión del Congreso de Laybach, convocado por la Santa Alianza. En Nápoles, se había producido en julio de 1820, una revolución que obligó al rey a aceptar la Constitución española de 1812. La revolución representaba un serio peligro para los intereses austríacos en la península italiana, Austria se mostró decidida a intervenir en Nápoles y sofocar la rebelión.

En Lisboa y Madrid surgen temores por las decisiones del Congreso, se sabe que en los puertos franceses, y quizás también en los ingleses se arman navíos de guerra, aunque no se conoce su destino ¹³⁵. También se sabe "que el ministro portugués Saldanha ha ido desde París a Laybach, con su secretario Marialva" ¹³⁶. Transcurrido el momento de inquietud, el gobierno de Madrid transmite al gabinete de Lisboa, las seguridades obtenidas por los representantes de París y Londres, que la intervención aliada en Nápoles, no encierra ningún propósito contra España ¹³⁷. Sabemos que el gobierno español confió en esas seguridades.

Queda establecido que hasta ese momento, a pesar de los temores del gobierno inglés, el primer gobierno constitucional del Trienio, no había realizado negociaciones con Portugal, para unir ambos Estados. El ministerio Argüelles, presenta su renuncia al inaugurarse las cortes en marzo de 1821, se hace cargo de la Secretaría de Estado, entonces, D. Joaquín de Anduaga, que la desempeñará hasta la incorporación de D. Eusebio Bardaxí y Azara. "El período de interinidad de Anduaga va a ser uno de los de mayor intensidad en las relaciones con Portugal, acusado por un marcado deseo de intervencionismo para garantizar la seguridad de las instituciones liberales, ejerciendo para este fin una verdadera presión sobre los individuos adictos del gobierno y Cortes portuguesas" ¹³⁸.

¹³⁵ Pérez de Castro a Pando, Lisboa, 26.I.1821, A. H. N., Est. 5472, 452.

¹³⁶ Frías a Pérez de Castro, Londres, 12.I.1821, A. H. N., Est. 5472, 319.

¹³⁷ Pérez de Castro a Pando, Madrid, 18.II.1821, A. H. N., Est. 4528.

¹³⁸ EIRAS ROEL, A.: op. cit., p. 419.

El 21 de marzo de 1821 las Cortes portuguesas juran la Constitución; es un día de júbilo para todo el país y se festeja con el esplendor de las grandes fiestas. Las relaciones de los dos gobiernos en este momento son estrechas y la posibilidad de la unión se planteará inmediatamente después, cuando lleguen las primeras noticias del éxito de las armas austríacas en Nápoles. Será este suceso el que origina las instrucciones que se comunican a Pando, para que indague “cuales son las disposiciones de ese gobierno para una convención secreta con la España, para la defensa de la Península en caso de ataque”. Al mismo tiempo tratará de presentar con delicadeza, que “el único modo que tendrá Portugal para sacudir de una vez la esclavitud, será el de formarse un gobierno independiente haciendo una estrecha confederación con la España, o bien el de adoptar su reunión a ella”¹³⁹. En las Cortes españolas se discute la posibilidad de una alianza militar con Portugal, sostenida por los liberales más avanzados. Pando manifestará que en ese momento las disposiciones son “las más favorables que podrían apetecerse”³⁵, se apoyarían gustosos “sobre la heroica España con tal que se contempori-zase con su orgullo y sus preocupaciones”¹⁴⁰. Pando aprovecha la oportunidad de enviar estos informes, para hacer notar al gobierno español la necesidad de reconocer rápidamente al gobierno portugués surgido de la revolución; este reconocimiento hubiera fortificado los vínculos de los dos países entre sí y ante las potencias enemigas. Su opinión en cuanto al proyecto de alianza ibérica, es que debe realizarse por medio de un tratado público y no secreto, mientras que las otras dos partes del plan de Anduaga, cambio de ministerio e unión ibérica, no deben intentarse por el momento¹⁴¹.

El tratado de alianza defensiva que comenzó con tan buen signo, se suspende bruscamente. Las razones posiblemente haya que buscarlas en la situación interna de España; en esta época se producen sucesivos levantamientos en Barcelona, Valencia, Sevilla, Málaga, Granada, Burgos. Por otra parte en las Cortes se discute la ley sobre la abolición de señorío; cuando ella queda sancionada, el 24 de abril, la opinión del representante portugués cerca del gobierno de Madrid, no puede ser más negativa, sostiene que la ley “ofende y

¹³⁹ Anduaga a Pando, Madrid, 6.IV.1821, A. H. N., Est. 4528.

¹⁴⁰ Pando a Anduaga, Lisboa, 12.IV.1821, A. H. N., Est. 4528, 228.

¹⁴¹ *Ibid.*, Est. 4528, 228.

ataca los más sinceros amigos y más firmes apoyos de la libertad razonables... esta ley muda enteramente, a mi ver, la naturaleza de la revolución de España; separa para siempre las cortes en dos partidos bien distintos de exaltados y moderados, si el rey la sanciona (y yo recelo que sí) la guerra civil va a extenderse por todas partes”¹⁴². Esto confirma su juicio que la constitución española aplicada en Portugal, debe ser modificada.

Anduaga a su vez, frena los impulsos de Pando para realizar el tratado con mayor urgencia, pues conoce que está próximo su relevo, será sustituido por Bardaxí y un negocio de tal magnitud sólo debe ser resuelto por el ministro titular. Pando hará notar que este argumento debió ser tenido en cuenta en el momento de dar las instrucciones¹⁴³.

Los liberales portugueses se sienten defraudados por los españoles, el gobierno portugués no ha sido reconocido y el proyecto de alianza se vio bruscamente interrumpido. La consecuencia de todo ello es el desprestigio del representante español, y el de su gobierno “como advierte en las expresiones de los diputados en las cortes y en los fríos procedimientos de los individuos que ejercen aquí la autoridad”¹⁴⁴.

Juan VI llega a Portugal el 4 de julio de 1821, es recibido con gran regocijo e inmediatamente jura la Constitución, haciéndose cargo del Poder Ejecutivo. La Regencia cesa en su mandato. A partir de ese momento, Pando insistirá repetidas veces en el nombramiento de un nuevo representante. La corte de Río lo había culpado de intervención en la revolución portuguesa, la llegada del rey hace insostenible su situación, su influencia en el gobierno pasa a ser prácticamente nula y de esa manera no cumple su función, recibe agravios que no serán reparados. En las cortes se lo califica de espía, y el gobierno portugués no dará explicación por lo sucedido.

El ministerio portugués se organiza a comienzos de setiembre; “en el nuevo gobierno coexisten dos fuerzas, que los hechos posteriores parecen perfilar claramente; la tendencia española y la tendencia inglesa, identificada la primera con los principios radicales del constitucionalismo gaditano, y la segunda con las máximas moderadas y contemporizadoras del bicameralismo a la francesa. Los

¹⁴² Castro Pereira a Braamecamp, Madrid, 27.IV.1821.

¹⁴³ Pando a Bardamí, Lisboa, 26.V.1821, A. H. N., Est. 4528, 249.

¹⁴⁴ *Ibid.*, Est. 4528, 249

ministros José da Silva Carvalho (Justicia) y Silvestre Pinheiro (Negocios Extranjeros), encarnan respectivamente una y otra tendencia”¹⁴⁵.

Es a partir de ahora que encontramos que el gobierno oscila entre las dos tendencias y terminará con el triunfo de la política hacia Inglaterra.

El giro inglés en la política portuguesa

Pinheiro se propondrá la tranquilidad de su país “volviendo a la tradicional política de la alianza inglesa, rota por la revolución de agosto de 1820, con la expulsión de los ingleses del reino”¹⁴⁶. El nuevo representante español cerca del gobierno de Lisboa, J. M. Aguilar, a pesar de encontrar la misma hostilidad de que era objeto Pando en su última época, se da cuenta del plan que lleva a cabo Pinheiro. Según Aguilar, Silvestre Pinheiro resucita la línea del tratado de alianza a propósito de los rumores que corren sobre intervención extranjera, “quiere que el gobierno de S. M. tome la iniciativa del tratado de alianza, para con este documento hacer fuerza a los ingleses que le den garantía (para que Portugal no sea intervenido)”, esta es una verdad innegable. “Es enemigo de nuestras instituciones y a pesar de la franqueza con que aparenta tratarme, lo creo el principal agente del gobierno inglés en ésta”¹⁴⁷.

Aguilar reclamará ante el gobierno portugués por el problema pendiente de Montevideo, a este problema se sumará la discusión en las Cortes portuguesas de la extradición de facciosos españoles, solicitadas por el ministro español. Las Cortes portuguesas no las concedieron en razón de que no existían tratados entre ambos reinos. En las Cortes solamente una minoría se mostró favorable al pedido del representante español. Aguilar en conversaciones con esa minoría (Fernández Thomás, Mourat) y con el jefe supremo del ejército, Bernardo Sepúlveda, se proponen remover del ministerio a Pinheiro, “hombre falaz y astuto unido a la mayoría de las Cortes, compuesta por anglómanos, enemigos de todo lo que huele a español, y animados por el inveterado odio que por tradición nos tienen”¹⁴⁸. Pero Silvestre Pinheiro cuenta con el apoyo del rey, que acusa a España de ser la causa de la revolución en su país.

¹⁴⁵ EIRAS ROEL, A.: op. cit., pp. 432-433.

¹⁴⁶ EIRAS ROEL, A.: op. cit., p. 433.

¹⁴⁷ Aguilar a Pelegrin, Lisboa, 27.II.1822, A. H. N., Est. 4528, 35.

¹⁴⁸ EIRAS ROEL, A.: op. cit., p. 433.

Los sucesos del 7 de julio en Madrid originan adhesiones del grupo liberal, por la derrota de los absolutistas; en las Cortes se habla de ayudar a España en el caso de una intervención. Esta aproximación a España es resultado del intento realizado por el grupo de liberales radicales, apoyados por Aguilar. Pero esta tendencia no conseguirá la sustitución de Silvestre Pinheiro, principal obstáculo para poner en marcha la "internacional liberal", dentro de la península. Silvestre Pinheiro mantuvo su aparente política todo el tiempo que le fue posible; para ello presentó al gobierno español un proyecto para un tratado de alianza, concebido en términos tales que sólo cabía el rechazo. Era imposible entrar en negociaciones si Portugal antes no daba satisfacciones por las cuestiones pendientes. Estas gestiones para un posible tratado de alianza, sostiene Aguilar, "no parecen otra cosa que una cortina de humo, para ganar tiempo y seguir entendiéndose con Inglaterra, en un momento en que el liberalismo radical portugués reacciona en forma peligrosa"¹⁴⁹. Quizás también a esta política haya que atribuir la sustitución, en este momento, del encargado de negocios portugués en Madrid, Castro Pereira, por Joao Freire De Andrade Salazar e Eca.

Las cortes finalizan la tarea de elaborar la Constitución y ésta es jurada por Juan VI, el 1º de octubre de 1822; la esposa del rey, Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII y su hijo se niegan al juramento y son recluidos en el palacio de Ramalho. Cuando Carlota Joaquina manifieste su deseo de trasladarse a Cádiz, el gobierno español dará instrucciones a su representante para evitar que entre en España. Los esfuerzos de Aguilar como los de los ministros y diputados portugueses españolistas, se estrellaron contra la política de Silvestre Pinheiro que mantendrá la tradición secular de la alianza con Inglaterra. Esta situación aparente en las relaciones hispano-portuguesas no podrá durar mucho tiempo. La crisis no tardará en sobrevenir.

La crisis de las relaciones peninsulares

El gobierno de Madrid recibe a principios de 1823 las notas de las potencias de la Santa Alianza, ello confirma la política intervencionista de las potencias aliadas. Silvestre Pinheiro tratará de mantener su postura equívoca hasta último momento para evitar

¹⁴⁹ Aguilar a E. San Miguel, Lisboa, 22.II.1823, A. H. N., Est. 4528, 36.

que Portugal corra la misma suerte que España. La tendencia española en las Cortes exigirá tomar una posición combatiente al lado de España. El nuevo ministro de Guerra, Miranda —única sustitución obtenida en el gabinete— apoya a Aguilar y le asegura que “todos los recursos de Portugal se pondrán en movimiento para auxiliarlos”. Silvestre Pinheiro afirma que “una es nuestra causa”, y lo confirma enviando una nota de protesta a las potencias europeas. En la sesión de las Cortes donde se trató el discurso de Luis XVIII anunciando la invasión de los 100.000 hijos de S. Luis, el ministro de Negocios Extranjeros tomó la palabra para manifestar su desacuerdo con los principios enunciados en el discurso.

También se plantea la necesidad de firmar un tratado sobre desertores, reos y facciosos. Moura presenta el decreto proponiendo “que toda o cualquier invasión hecha a la península para destruir o modificar las instituciones políticas adoptadas por España, será tenida como agresión directa a Portugal (art. 1.º)”¹⁵⁰. Los dos decretos se discuten y aprueban. El segundo nunca llegó a ponerse en práctica, mientras que el decreto sobre facciosos se empieza a reglamentar inmediatamente, pues ello permite a Portugal penetrar en territorio español para perseguir a sus propios perturbadores. Así sucederá cuando se produzca la sublevación de Amarante en Tras-os-Montes. Portugal podrá agregar a sus propias fuerzas las que España ha dispuesto para luchar contra la invasión francesa. Pero cuando la situación obligue al general Rego, jefe de los ejércitos contra Amarante, a tomar postura frente al ejército de Angulema, recibirá órdenes terminantes del gobierno portugués de abstenerse de toda acción, pues no hay entre los dos países declaración alguna de guerra.

Las tropas francesas cruzan el Bidasoa el 7 de abril de 1823. El gobierno portugués alarga el cumplimiento de sus promesas y no acata los decretos de las Cortes. Es casi una certeza en esos días, que Francia e Inglaterra han dado seguridades, que no invadirán Portugal si éste se mantiene neutral. La minoría española es consciente que su suerte depende de la suerte corrida por el liberalismo en España, y hace los últimos intentos por ayudar al régimen español. Se hacen preparativos de tropas como si verdaderamente se fuera

¹⁵⁰ Aguilar a E. San Miguel, Lisboa, 8.I.1823, A. H. N., Est. 4528, 385.

a ayudar a pelear a España, pero era solamente para guardar las apariencias. Mientras tanto se gana tiempo, se trata de ver cómo se desarrolla la invasión en España.

El gobierno español se traslada de Madrid a Sevilla. En Sevilla se nombra un nuevo ministerio; la Secretaría de Estado la ocupa Pando, anterior representante de España cerca del gobierno portugués. Pando tratará por todos los medios de conseguir que Portugal se aleje de Inglaterra e incluso llegará a exigir una definición del gobierno portugués. La situación se define en una entrevista mantenida por Silvestre Pinheiro con Aguilar, el 21 de mayo de 1823, en que el ministro portugués manifiesta abiertamente su negativa a la firma del tratado de alianza, en la certeza, que "si las tropas francesas se batían con las portuguesas, un ejército inglés vendría inmediatamente en socorro de Portugal"¹⁵¹. Esto confirma a Aguilar la idea que la tendencia anglófila del gobierno portugués llevó adelante su política de entendimiento con Inglaterra, sin que la tendencia española tuviera conocimiento del asunto. Esto pone al descubierto el plan de Silvestre Pinheiro, la supuesta alianza con los españoles servía para tener a raya a los liberales radicales intransigentes, mientras él se aseguraba la protección de la tradicional aliada de Portugal, Inglaterra¹⁵².

Eiras Roel con estos hechos, confirma su tesis que la cuestión de la alianza portuguesa "influyó tanto como la cuestión de las colonias españolas, en apartar a Inglaterra del proyecto de intervención en la Península que motivaría la ruptura de Canning con la Santa Alianza, en el Congreso de Verona. Es una hipótesis cuya verosimilitud salta a la vista al contemplar la posición final del régimen portugués, al lado de la Gran Bretaña"¹⁵³.

A partir de este momento las relaciones entre los dos países quedaron reducidas a su mínima expresión. Hasta se intenta un último esfuerzo realizado por Ferreira Borges para tratar que salgan del ministerio los dos ministros que representan la causa española. Es decir, se intenta todo lo posible para proteger a Portugal de una invasión francesa. Este peligro se aleja totalmente cuando el infante D. Miguel se levanta en Villa Franca, el 27 de mayo, a favor del régimen absoluto. "Las Cortes en Lisboa deliberaban, de-

¹⁵¹ Aguilar a Pando, Lisboa, 21.V.1823, A. H. N., Est. 4528, 465.

¹⁵² EIRAS ROEL, A.: op. cit., p. 452.

¹⁵³ EIRAS ROEL, A.: op. cit., p. 452.

clamaban, en sesión permanente; al final viendo caídas sus quimeras, vació el globo, disolviéronse con un pretexto inocente (2 de junio) que ninguno comentó como una insurrección. El rey disolvía de derecho el congreso disuelto de facto; abolía la constitución radical y nombraba una junta para redactar una futura carta moderada del reino. Palmella era el alma de la situación y el factotum de D. Juan VI, que lo elevaba a marqués¹⁵⁴.

La Regencia de Madrid nombrada por Angulema, designa al duque de Villa Hermosa como embajador extraordinario, para hacer presente sus felicitaciones al rey, por haber sido repuesto en el trono. Cuando Fernando VII regrese a Madrid, liberado por los ejércitos franceses, lo confirmará como ministro español cerca del gobierno portugués. Así terminó el "intermezzo liberal" en Portugal¹⁵⁵.

V

EVOLUCION DEL SISTEMA EUROPEO

Los principios de la Revolución Francesa hicieron sentir sus efectos más rápidamente, de lo que los organizadores del Congreso de Viena esperaban. El orden europeo mostró una primera alteración en el año 1820 al producirse revoluciones en España, Portugal y Nápoles. No fue Francia la que se mostró "imprudente"; contra ella se había firmado el pacto de Cuádruple Alianza, las inquietudes provinieron de otros países. Frente a esta evolución Rusia, que plantea su política internacional a nivel de dominio mundial —en esa pugna con Inglaterra tantas veces aludida—, es partidaria de la intervención conjunta en los asuntos interiores de los estados. La Santa Alianza, réplica del zar al tratado de cuádruple alianza, será el instrumento por medio del cual esta intervención se llevará a cabo. La alianza general que quería el zar no era aceptada por Inglaterra ni Austria. Para Castlereagh carecía de sentido práctico; para Metternich estaba latente la inquietud por el predominio de Rusia en la política internacional.

¹⁵⁴ OLIVEIRA MARTINS, J. P.: op. cit., p. 259.

¹⁵⁵ OLIVEIRA MARTINS, J. P.: op. cit., p. 259.

En la conferencia de Aquisgrán el zar propuso su idea de la alianza general abierta a todos, sería la base de un sistema de garantía mutua de las actuales posesiones de las potencias que formarían parte de ella. En la declaración final del Congreso, por las razones antes aludidas, la sugerencia rusa no se menciona. Inglaterra, en su declaración del 5 de mayo de 1820, se manifestó contraria a los principios de la Santa Alianza. En el memorándum presentado exponía las razones de su desacuerdo, las potencias victoriosas se habían unido contra el peligro francés para proteger a Europa contra nuevos intentos, pero no pretendían ser una unión para el gobierno del mundo o para constituirse en vigilantes de los asuntos interiores de los estados. Su fin era proteger a Europa contra un poder revolucionario de forma militar, pero no para poner freno al éxito de las ideas liberales. Estos eran los principios ingleses opuestos a toda forma de intervención y que marcan una fecha en la evolución del sistema europeo.

Producida la revolución en Nápoles, la Santa Alianza, en los Congresos de Troppau y Laybach, decide por medio de un mandato europeo, conceder a Austria la intervención en Italia, Inglaterra y Francia no aceptan lo resuelto por los congresos, y no firman las resoluciones del Congreso. Sin embargo Inglaterra consiente la expedición militar austríaca. Cabría preguntarse, ¿y los principios ingleses? Castlereagh los expone en una nota que envía a los embajadores ingleses, en enero de 1821, en que fundamenta las razones de esta política. De esta nota y la respuesta española —digámoslo ya, mostrando la contradicción entre los principios y la conducta— nos ocuparemos en el presente capítulo.

Planes del Congreso de Troppau

Producida la revolución en Portugal, hemos señalado que el gobierno inglés mantuvo una actitud de expectativa primero y vigilante después, hacia la evolución del proceso revolucionario; su objetivo era evitar la unión de los dos estados de la península que ponía en peligro la influencia inglesa en Portugal, consumada desde Methuen. La revolución de Nápoles, a su vez, despertará inquietud en el gobierno inglés, los lazos de familia que unían al rey de las Dos Sicilias con el rey de España, hacen temer por una vinculación más profunda.

El gabinete de Madrid busca indagar la opinión del gobierno inglés sobre la revolución napolitana; el duque de Frías, embajador español cerca del gobierno de Londres, recibe orden de su gobierno de acercarse al ministerio inglés y manifestar el interés del rey de España, por la situación del rey de las Dos Sicilias. Con el objeto de dar cumplimiento a esta orden, Frías se entrevista con el ministro de Asuntos Exteriores inglés, Castlereagh; en la conversación mantenida, el ministro inglés le habló vagamente de la inquietud que esta revolución había producido especialmente “en Austria porque se teme cualesquiera variación del *orden que existe*”¹⁵⁶. Frías sostiene que la revolución está consumada y no es necesario indagar sus orígenes, el rey ha sancionado con un juramento solemne el movimiento. Castlereagh sostiene que “se pone en duda el libre consentimiento a las innovaciones introducidas recientemente en sus dominios”. Frías manifiesta el especial interés del rey de España por el rey de Nápoles en razón de los lazos de sangre que unen las dos familias. “Nápoles no ofrece motivo de agravio mientras respete la integridad y quietud pública de los demás países, pues los acontecimientos de política interna nada tienen que ver con las naciones que constituyen el derecho de gentes”. De esta manera el ministro español anuncia los principios que defenderá el gobierno español, cuando la Santa Alianza ponga en marcha el principio de intervención.

Anunciado el Congreso de Troppau, Frías trata de averiguar todo lo que se tratará en el Congreso, no solamente con respecto a Nápoles, sino también a España y Portugal. El ministro hace notar lo difícil de su misión, ya que no se “filtran noticias, pero no omitirá esfuerzo en cumplir su cometido”¹⁵⁷. El resultado de su primera averiguación confirma la noticia, que Francia e Inglaterra parecen decididas a oponerse a toda “hostilidad abierta en el Congreso y se inclinan a que se induzca a Nápoles a tomar la Constitución francesa, en lugar de la española”¹⁵⁸. De lo que ha podido saber, Frías deduce cuál será el plan adoptado en el Congreso de Troppau. El general Bellegarde será comisionado para dirigirse a Nápoles y entrevistarse con el rey de las Dos Sicilias, para pedirle se sirva asis-

¹⁵⁶ Frías a Pérez de Castro, Londres, 7. XI. 1820, A. H. N., Est. 5471, 193, el subrayado pertenece al texto.

¹⁵⁷ Frías a Pérez de Castro, Londres, 12. XI. 1820, A. H. N., Est. 5471, 254.

¹⁵⁸ Frías a Pérez de Castro, Londres, 15. XII. 1820, A. H. N., Est. 5471, 255.

tir a un nuevo congreso de soberanos que se realizaría en Laybach o en cualquier otro punto, para que informe personalmente sobre lo acaecido en Nápoles y “acreditar que no está dominado por la facción de los carbonarios”. Si la invitación es aceptada, serán reconocidos los cambios producidos en el reino, pero bajo la obligación de que “cooperase eficazmente a impedir la propagación de los principios revolucionarios a las provincias austro-italianas, y la precisa condición de que la actual constitución napolitana presentase garantías de la estabilidad del trono”. Para ello tendrá que realizar algunas modificaciones en la constitución adoptada, entre las que se menciona la introducción de una cámara alta y el veto real absoluto, tal como lo ejercen los reyes de Inglaterra. Todo ello para evitar que se repita la “catástrofe de Luis XIV y la anarquía subsiguiente”. El duque de Frías confirma la hostilidad de Austria a la revolución napolitana; el Congreso se ha reunido por obra de Austria, mientras que la misión de Bellegarde, que tiene por objeto llegar a un arreglo con el mismo rey para impedir la intervención, es debida a los buenos oficios de Inglaterra y Francia ¹⁵⁹.

Recordemos que Austria había firmado un tratado secreto con el rey de Nápoles, por el cual éste se comprometía a evitar toda innovación peligrosa en su reino. Austria pone al acento especialmente en evitar la propagación de las ideas revolucionarias, porque ellas alterarían el orden existente que es el que hay que conservar; se vive en los tiempos de la Restauración.

El embajador español vuelve a mantener otra entrevista con el ministro inglés Castlereagh, quien le manifiesta que no tenía conocimiento aún de las resoluciones del Congreso, pues se aguardaba “la contestación de S. M. S. al *ultimatum* del Congreso por medio del cual se le invitaba al rey a una entrevista con los soberanos aliados” ¹⁶⁰. Por esta razón, el embajador acreditado por la revolución napolitana Cimitile, aún no había sido reconocido por el gobierno inglés a pesar de haber recibido muestras de especial atención y “seguridades de la amistad existente entre los dos gobiernos” ¹⁶¹. En Inglaterra se tenía la impresión que los napolitanos se someterían muy fácilmente a las disposiciones dictadas en Laybach

¹⁵⁹ Frías a Pérez de Castro, Londres, 21. XII. 1820, A. H. N., Est. 5471, 269.

¹⁶⁰ Frías a Pérez de Castro, Londres, 21. XII. 1820, A. H. N., Est. 5471, 271, el subrayado pertenece al texto.

¹⁶¹ Frías a Pérez de Castro, Londres, 27. XII. 1820, A. H. N., Est. 5471, 285.

y que si ofrecían “alguna resistencia, sería muy insignificante y como únicamente destinada a indicar una especie de protesta contra el orden de cosas, que se les imponga a la fuerza”¹⁶².

Cuando se produzca la intervención a Nápoles, el gobierno español, según hemos señalado, cursará notas a los gobiernos de París y Viena con el objeto de reclamar ante estas cortes, “explicaciones categóricas de su política respecto a Nápoles y hacer una explícita apelación, en este caso, a los más incontestables principios de derecho público y de gentes”. Es para manifestar estos principios que Frías mantiene una entrevista con Castlereagh, para reforzar la manifestación de estos principios. El ministro inglés declara que Inglaterra no ha participado de las medidas tomadas en Nápoles, pues “profesaba el principio de no intervenir en las cuestiones domésticas de otros países”¹⁶³. Este principio lo repetirá siempre el gobierno inglés para explicar qué norma rige su conducta.

La “profesión de fe” del gobierno inglés

Como consecuencia del mandato recibido por Austria en el Congreso de Troppau para intervenir militarmente en Nápoles, la corte de Londres, que se manifestó opuesta a la intervención, envía una nota a sus agentes diplomáticos en el extranjero para explicar y fundamentar la política asumida por el gobierno inglés, en esa ocasión. La nota, fechada en enero de 1821, fue presentada por el gobierno al Parlamento; el ministerio la calificó como “la profesión de fe del actual gabinete de S. James en lo referente a las cuestiones del derecho de gentes, relativas a la independencia absoluta de los estados libres en sus arreglos internos”¹⁶⁴. En el documento se manifiesta el desacuerdo con los principios sostenidos por Austria y sus adeptos, “al arrogarse la autoridad de una especie de veto y tutela en semejantes materias de intereses domésticos”. Al mismo tiempo que el ministerio inglés establece este principio, encuentra el modo de explicar —diríamos justificar— la acción llevada a cabo por Austria, pues “no disputan a la misma potencia y sus confederadas esa propia facultad, con tal de que se considere como una excepción de las notorias leyes internacionales y no sirva

¹⁶² Frías a Pérez de Castro, Londres, 31.XII.1820, A. H. N., Est. 5471, 291.

¹⁶³ Frías a Pérez de Castro, Londres, 22.I.1821, A. H. N., Est. 5472, 330.

¹⁶⁴ Frías a Pérez de Castro, Londres, 2.II.1821, A. H. N., Est. 5472, 362.

de ejemplar para otros casos futuros". El gabinete inglés afirma que no sugiere política a seguir, a los aliados, al mismo tiempo que deja sentada su protesta contra la afirmación que "los tratados existentes implican un consentimiento formal a las intenciones de los Congresos de Troppau y Laybach". Reconoce la necesidad en que se encuentra Austria "por su propia seguridad, de oponerse a las reformas de Nápoles, que el gobierno de Londres desaprueba paladinamente".

La nota dice, refiriéndose al rey, que éste se ha abstenido de tomar parte en las medidas de dichos Congresos; éstas comprenden dos objetivos distintos: por un lado, quieren establecer "ciertos principios generales para servir en adelante de regla en la conducta política de los soberanos aliados"; por otro lado, "el modo de conducirse bajo estos principios en los actuales asuntos de Nápoles". Si esos principios son adoptados "en ley recíproca, se opondrían a las leyes fundamentales de Inglaterra y su aprobación significaría la intervención del extranjero en las transacciones interiores de los estados". El gobierno inglés no le reconoce a la alianza autoridad para tomar "a título de aliados semejantes poderes generales", y al mismo tiempo estos poderes no se han podido tomar "en virtud de ninguna nueva transacción diplomática entre las cortes aliadas, sin que éstas se hayan atribuido a sí mismas una supremacía incompatible con los derechos de los demás estados".

Encontramos acá principios de derecho internacional; Inglaterra no está dispuesta a admitir una unión de estados con poderes supranacionales, está presente en esta oposición su política de supremacía marítima que no admite rival; al mismo tiempo que no existe ningún nuevo acuerdo entre las potencias que desplace las resoluciones tomadas en Viena. En esta ocasión —una vez más— Inglaterra defiende sus propios intereses.

Con respecto a lo sucedido en Nápoles, la nota califica a la revolución de caso particular, el gobierno inglés hace notar que desde el comienzo desaprobó la revolución por "cómo había sido realizada, al mismo tiempo que hizo notar a las cortes aliadas que no se considerasen llamadas ni autorizadas a aconsejar una intervención en ese país. Admite que Austria se encuentra en "otras circunstancias, Inglaterra no quiere inclinar a las demás potencias a asumir la misma política que ella, ni intervenir en la marcha que Austria y las potencias de Italia determinen seguir, con la excep-

ción que estos últimos estén prontos a dar todas las seguridades razonables de que no intentan engrandecerse subvertiendo el sistema territorial de Europa, establecido por los últimos tratados”.

Inglaterra se manifiesta contraria al derecho de intervención, una potencia no tiene derecho a intervenir en los asuntos internos de otra. Pero este principio general reconoce, según ella, una excepción, es la situación particular que Austria tiene con respecto a la revolución de Nápoles, situación que está dada por sus posesiones en Italia. Si la revolución pone en peligro sus dominios, ella tiene derecho a intervenir. Al mismo tiempo, el gobierno inglés deja establecido que esa intervención no debe realizarse con el propósito de engrandecer los dominios propios, esta razón la tornaría ilícita para el gobierno de S. James. Quizás debamos recordar lo dicho al tratar el Congreso de Viena. Inglaterra en Viena establece un equilibrio continental que se constituye en garantía para su supremacía marítima; es esta política la que subyace en la afirmación antes enunciada. Inglaterra, en el caso de Nápoles, dejó las manos libres a Austria porque la intervención a la península italiana no interfería en nada los fines de la política inglesa, tantas veces aludida. Cuando se produzca la intervención a España y se insinúe de parte de Francia una posible ventaja en las colonias españolas, la actitud inglesa será de oposición, y si es necesario por las armas, a la vinculación de la intervención francesa a España con las colonias americanas.

El gobierno inglés protestará sobre la interpretación dada a la circular, se ha dicho que “Londres y París accederán a las medidas más generales que se proponían fundadas sobre tratados existentes. Esta interpretación es falsa, pues nunca el gobierno inglés entendió que esos tratados impusiesen semejantes obligaciones y siempre ha sostenido lo contrario”. De ello ha dado suficientes pruebas, sostiene, en las deliberaciones de París del año 1814, en el Congreso de Aquisgrán de 1815, y también en discusiones sostenidas a lo largo del año 1820, que son el mejor testimonio de “la sinceridad de la conducta en este punto”. Después de haber establecido esta afirmación, enuncia en términos generales —aunque sin desarrollar el argumento— que el gobierno inglés está lejos del principio general sobre el que se funda la circular, quiere dejar sentado que ningún gobierno está “mejor preparado que el inglés para sostener el derecho de intervención que tiene cualquier estado o estados,

cuando su seguridad inmediata o sus intereses esenciales se hallan seriamente comprometidos por transacciones internas de otro estado". Pero aclara que este derecho sólo debe ser usado en caso extremo que es el que debe limitarlo, y que no se puede aplicar indiscriminadamente a "todo movimiento revolucionario, si esta relación inmediata con algún estado o estados no ha sido desde luego la base formal de una alianza". Su ejercicio es una "excepción a los principios generales y nace de las circunstancias y del caso en particular. Al mismo tiempo, esas excepciones si llegan a considerarse como regla hasta el punto de ser incorporadas en la diplomacia ordinaria de los estados, o en los institutos del derecho, entrañan un gran peligro"¹⁶⁵. Hasta aquí la circular, la última parte es de forma, se refiere al uso que de ella deben hacer los diplomáticos.

La "profesión de fe" del gobierno inglés pone a buen resguardo sus intereses por el predominio marítimo en el mundo. En el fondo de estos principios está latente la pugna por el dominio del mundo, los principios servían para amparar los intereses.

Discusiones en el Parlamento inglés

La lectura de la nota en el Parlamento inglés dio lugar a encarnizadas discusiones. Se realizó un fuerte ataque al gobierno, la oposición consideraba que la nota hacía abandono de los principios liberales. Por la correspondencia de Frías podemos seguir los debates y los argumentos en que se basó la oposición. El embajador español comenta que la primera discusión en el Parlamento se produjo a propósito de la moción de lord Grey, que solicitaba se discutiera la circular del gobierno a sus embajadores: El lord fue mostrando "uno por uno todos aquellos puntos del documento, que juzgó estaban en contradicción con los principios generales de neutralidad y respeto al derecho de gentes e independencia de las naciones anunciados en ella"¹⁶⁶. Las circunstancias en que se había producido la revolución de Nápoles, no daba pie a la intervención de las potencias extranjeras, que sólo se justificaría en el caso que se hubiese publicado alguna proclama o declaración, "incitando a la rebelión a las naciones extranjeras, como lo hizo la Revolución Francesa en la convención nacional de 1793".

¹⁶⁵ *Ibid.*, Est. 5472, 362.

¹⁶⁶ Frías a Pérez de Castro, Londres, 20.II.1821, A. H. N., Est. 5472, 385.

Se interpeló al ministerio sobre la seguridad que tenía si la política de Austria no tenía por objeto engrandecerse en Italia. Ello se fundaba en el hecho de pedir que el rey de Nápoles se presentara en el Congreso de Laybach. Lord Grey comparó esta exigencia con el traslado de Fernando VII a Bayona. Veremos cómo luego esta comparación también surge en el gobierno español. Se decía que la revolución había sido promovida por los carbonarios, pero esto no significaba ningún delito, pues “es una secta reconocida y aprobado desde 1809 y la revolución de la que han sido autores, ha recibido el consentimiento de la nación”. Es cierto que Nápoles ha firmado un tratado secreto con Austria, comprometiéndose a no introducir variaciones en el reino, pero la oposición en el Parlamento inglés lo juzga caduco por ser “opuesto al derecho del pueblo, a los progresos de la ilustración”.

Lord Grey demostró, a continuación, por la fecha de la circular, que el gobierno inglés condenó el principio de intervención mucho después que fue proclamado por las potencias de la Santa Alianza, y más bien por razones de política interior que exterior, como “un preventivo hacia la oposición que debería soportar en el Parlamento, más que como una desaprobación de la despótica acción organizada por la Santa Alianza y ejercida con respecto al rey y el pueblo de Nápoles”. Preguntó por qué aún Inglaterra no había reconocido al embajador nombrado por el gobierno constitucional de Nápoles, y también, por qué una escuadra inglesa “había sido cómplice de los grandes jueces del continente en unión con la francesa, y conducido a una víctima augusta al tribunal absurdo que han formado por sí solos”. Su juicio es que “jamás se ha publicado un documento más ignominioso como la circular en cuestión”. La razón por la cual Inglaterra consideró, sostiene, la intervención en Nápoles como una excepción, fue para no desanimar a los aliados, pues la constitución española “aunque no era tan buena como la inglesa, había sido reconocida por Austria, Prusia y Rusia y demás potencias extranjeras, y era inconsecuente que lo que se reconocía como tolerable en España, se juzgara como pernicioso para Nápoles”. Lord Grey solicitó que el ministerio presentase al Parlamento las comunicaciones habidas entre Inglaterra y las potencias aliadas, sobre el asunto de Nápoles.

La interpelación fue contestada por el primer ministro, lord Liverpool, quien insistió que el principio general establecido en la

circular, no había sido contradecido por la conducta del gobierno. “Las reformas en Nápoles habían tenido su origen en la insurrección militar, y este ejemplo comprometía la tranquilidad interna de cualquier país”. Los carbonarios son una secta propagada por toda Italia, con ramificaciones en Suiza y Alemania, lo que la torna más peligrosa. Sus objetivos son destruir los gobiernos legítimos y establecer otros fundados sobre las bases de la revolución francesa. “La (revolución) de Nápoles, en nada se parece a la de España; en la primera una secta obliga a su rey a jurar la constitución que nunca fue suya, y en la segunda el rey cede al voto de su pueblo y le concede una constitución, que desde largo tiempo le había prometido y que antes había tenido”¹⁶⁷. El primer ministro volvió a insistir en que no existía contradicción en la conducta del gobierno.

La explicación no dio satisfacción a la oposición y lord Holland acusó al gobierno de complicidad en la conducta de sus aliados, “a lo menos de gran parcialidad hacia ellos”. Preguntó en base a qué derechos los aliados, y muy en especial el emperador de Rusia, condenaban la forma de gobierno adoptada por Nápoles y adelantó algunos juicios sobre el zar, que originaron una llamada al orden. Terminó la sesión sin haberse votado sobre el tema en cuestión. En la reunión siguiente de la Cámara, se trató una moción de sir James Makintosh, quien sostuvo que en la citada circular se notaba el proyecto de las potencias aliadas de “constituirse en los dictadores de Europa”. El triunvirato aliado tenía grandes esperanzas que Inglaterra apoyara la conducta llevada a cabo en Nápoles. Makintosh encuentra que el ministerio ha dado motivos para esta esperanza, con lo cual “es reo de profesar los mismos principios de los aliados, pues de lo contrario han pronunciado sobre él las más gratuitas calumnias”.

Castlereagh asumió nuevamente una postura defensiva; sostuvo que la participación que el gobierno tomaba en la Santa Alianza, no le obligaba al ministerio a consultar a la Cámara sobre el tema. Además en las actuales circunstancias del erario era imposible poner en pie de guerra un ejército. Volvió a aludir a la distinción entre “los principios generales enunciados en la circular de los aliados, y su aplicación a las circunstancias del día. Nadie duda de la dulzura del gobierno anterior en Nápoles, el rey nunca ofreció una

¹⁶⁷ *Ibid.*, Est. 5472, 385.

constitución a su pueblo y ciertamente no merecía que se la pidieran con las armas en la mano y ocho días de tiempo para confirmarla. El modo como ha sido realizado el cambio es bien poco digno de la aprobación de Inglaterra". Insistió nuevamente en la diferencia con las circunstancias españolas, pues el cambio de esta nación tiene su origen en la guerra de la independencia, España desde entonces siempre buscó un sistema representativo. En cuanto a los fines ambiciosos que se atribuyen a los aliados no tienen fundamento, pues han comprometido llevar a cabo su actuación "de acuerdo con los principios del tratado de París". Castlereagh asegura que ninguna de las potencias aliadas permitirá un intento de invasión realizado por cualquiera de ellas. A este argumento se contestó que era cierto, pues ya se había comprobado "cómo sabía hacer de cada uno su parte"¹⁶⁸.

En la Cámara de los Pares se trató el tema, en la sesión del día 2 de marzo, a propósito de una moción de lord Landson, que intentó fijar la opinión de la Cámara y la nación, sobre los asuntos de Nápoles y la participación de Inglaterra en ellos. El lord comenzó su discurso aludiendo a los filósofos de la revolución francesa, que querían un gobierno común para toda Europa, nadie en aquel momento lo creía sensato, "¿los soberanos de la Santa Alianza no tendrán este mismo interés?" Hizo alusión al gobierno de Nápoles anterior a la revolución, los lazos de familia que vinculaban a Nápoles con España, la obra secreta de los carbonarios y acusó al Congreso de Laybach de ser el causante de la efervescencia, que se notaba en ese momento en Europa, por intervenir en los asuntos interiores de los estados. Concluyó diciendo que Inglaterra debía "protestar contra un sistema cuyos principios amenazaban ser los más funestos" y concretó su moción en tres puntos:

- 1º Agradecer al rey el envío de la circular para su conocimiento a las Cámaras;
- 2º Expresar satisfacción al rey por no haber tomado parte en las medidas de los aliados;
- 3º Manifestar al rey el deseo de que use toda su influencia con las potencias aliadas, para evitar las consecuencias de las medidas que puedan turbar la tranquilidad de Europa.¹⁶⁹

¹⁶⁸ Frías a Pérez de Castro, Londres, 22.II.1821, A. H. N., Est. 5472, 387.

¹⁶⁹ Frías a Pérez de Castro, Londres, 5.III.1821, A. H. N., Est. 5472, 401.

El ministerio contestó afirmando que la Santa Alianza había sido mal aconsejada, y que desde que se adoptó esa política existían en Europa dos principios extremos que se oponían, por un lado el deseo de destruir toda revolución sin atención a sus causas, tiempo, circunstancias en que haya sido realizada, y por otro defender todo tipo de revolución sin distinguir su causa ni sus principios. Se volvió a insistir en la diferencia de las revoluciones española y napolitana.

Cuando se clausuraron las deliberaciones del Congreso de Laybach, en la Cámara de los Comunes se presentó una moción solicitando que se presentara al Parlamento la declaración del Congreso, pues "contenía varias cosas de una naturaleza y tendencia perniciosas a la libertad de este país"¹⁷⁰. El documento que ya conocemos fue presentado a la Cámara; en uno de sus párrafos se sostiene que no se pueden efectuar cambios en los países sin el consentimiento de "aquellos a quienes Dios ha hecho responsables del poder". La Cámara opinó que con estos principios nunca se hubieran podido realizar las revoluciones en Inglaterra, cuando los principios sostenidos por las revoluciones se extienden fuera de los países de origen, el Parlamento inglés tiene obligación de dar su opinión al respecto. Por eso se pidió copia de la declaración publicada por los soberanos reunidos en Laybach. Londonderry volvió a manifestar una vez más, el principio que "una nación no tenía facultades para intervenir en los negocios interiores de otra", su opinión era que los soberanos habían sido mal aconsejados, pero no obstante eso sus intenciones eran "el deseo de conservar la tranquilidad en Europa"¹⁷¹.

Las discusiones del Parlamento muestran algunos de los fines de la política inglesa, subyacente en la citada nota y defienden los principios liberales.

Los principios españoles

Los principios españoles serán expuestos varias veces a lo largo de la correspondencia del embajador español cerca del gobierno de Londres y en las contestaciones enviadas desde Madrid, respondiendo a consultas que formula el embajador. En la Instrucción que el

¹⁷⁰ Frías a E. de Bardaxí, Londres, I.VI.1821, A. H. N., Est. 5472, 505.

¹⁷¹ Frías a E. de Bardaxí, Londres, 22.VI.1821, A. H. N., Est. 5472, 522.

gobierno español cursa a los representantes de S. M. en París y Viena, reclamaba a los dos gabinetes nombrados explicaciones sobre su conducta en Nápoles y hacía “una explícita apelación a los más incontestables principios del derecho público y de gentes”¹⁷². El duque de Frías reconoce la influencia de Gran Bretaña en las Cortes de Austria y Francia, por esta razón solicita una audiencia especial al ministro de Negocios Extranjeros, para manifestarle personalmente “como de resultas de un encargo positivo de mi monarca, las mismas nociones de justicia y común intereses sostenidas en las notas cursadas a dichos agentes”. En la entrevista el embajador español enumera los distintos acontecimientos que han tenido lugar entre las potencias aliadas y el rey de Nápoles. En España se tiene conocimiento que el rey de las Dos Sicilias partió de Nápoles escoltado por las escuadras francesa e inglesa hasta Liorna, porque las potencias aliadas sólo admitían como embajador en el Congreso al mismo rey en persona. El rey de Nápoles sostuvo una conferencia secreta, con los representantes de las cinco cortes “preponderantes de Europa. De allí se siguió el primer mensaje al Parlamento napolitano, tan equívoco y el empeño del rey en obedecer la invitación al Congreso, hecha por cartas autógrafas, de los emperadores de Rusia y Austria y el rey de Prusia”. Se sabe que la constitución española fue calificada por Metternich, de “código de la anarquía”. En opinión del embajador, los ataques a la independencia de Nápoles envuelven una ofensa más o menos directa o simulada a España, su rey y su gobierno”. Por eso el rey de España declara por su intermedio que “no reconocerá jamás en potencia alguna el derecho de censurar o condenar las instituciones sociales de un estado independiente, de reprobar las reformas de su organización interior, de promover reacciones o dictar enmiendas en el sistema adoptado y mucho menos de arrogarse la autoridad de destruir con las negociaciones o las armas, un orden de cosas enteramente extraño a todos los motivos que puede legitimar en ciertos casos la intervención extranjera, en los negocios domésticos de un pueblo libre”¹⁷². Los principios que quieren establecer las potencias aliadas, merecen el calificativo de “nueva versión del derecho público y una infracción del de gentes, bajo cualquier aspecto que la cuestión se presente”. Pero es todavía un atentado “más monstruo-

¹⁷² Frías a Pérez de Castro, Londres, 22.I.1821, A. H. N., Est. 5472, 330.

so e inconcebible si se atiende a la España y Nápoles, que han observado en las recientes alteraciones de su régimen político, una escrupulosidad ejemplar en el respeto debido a esa misma independencia de los estados, de cuya salvaguardia se quiere excluir a la primera sola en teoría...". Por ello el rey de España faltaría a su deber si no se pronunciase en esta ocasión. En cuanto al problema de la reforma de Constitución, se manifiesta que corresponde a los españoles corregirlo cuando lo juzguen oportuno ¹⁷³.

El gobierno constitucional de España, en el caso de Nápoles, apela al derecho de gentes para fundamentar su oposición al derecho de intervención y por consiguiente a la política seguida por Austria, en el caso de la revolución de Nápoles. En cuanto a las reformas que los gobiernos aliados creen que hay que introducir en la Constitución española, el Sagrado Código solamente admite reformas realizadas por los mismos españoles, que no aceptarán que ningún poder foráneo les dicte la ley.

El ministro inglés manifestó su coincidencia con el Duque de Frías; el ministerio no aprobaba la censura realizada por el gobierno austríaco a la Constitución española. Manifestó que la política de los Congresos de Troppau y Laybach, era "imprudente y pernicioso" y afirmó los principios ingleses de no intervención, que ya hemos expuesto.

El Duque de Frías recibe una comunicación por la cual se aprueba su gestión en Inglaterra, y al mismo tiempo se le comunica que el gobierno francés ha contestado la nota en términos "evasivos", por eso el Marqués de Santa Cruz, embajador español cerca del gobierno de París, ha recibido orden de insistir nuevamente en la cuestión ¹⁷⁴. La opinión del Duque de Frías, es que la nota cursada a los gobiernos de Viena y París sobre los asuntos de Nápoles, "producirá fuerte sensación en las Cortes coaligadas". En lo que hace a Inglaterra no cree que produzca mucho efecto, porque el gabinete inglés "supone que esto y cuanto haga en la materia nace de la aversión nacional a todo extranjero, por lo cual deduce siempre, ser inútil y perjudicial ocuparse de las cosas de España" ¹⁷⁵.

¹⁷³ *Ibid.*, Est. 5472, 330.

¹⁷⁴ Secretario de Estado al Duque de Frías, Palacio, 8.II.1821, A. H. N., Est. 5472.

¹⁷⁵ Frías a Pérez de Castro, Londres, 24.I.1821, A. H. N., Est. 5472, 340.

Desde Palacio le insistirán que deje en claro y establecidos los principios españoles, España no reconocerá “el nuevo derecho de gentes que se quiere imponer”, su apelación al derecho de gentes será continuo, el gobierno liberal defiende de esta manera los principios liberales.

Según las órdenes recibidas de su gobierno, el embajador inglés Henry Wellesley, se entrevistó con el secretario de Estado español, Pérez de Castro, a efectos de darle a conocer la circular de su gobierno a los representantes diplomáticos. El embajador la presentó como “la profesión de fe de su gobierno”, esperaba que con ella España quedaría “satisfecha y segura de las intenciones (inglesas), respecto a los asuntos domésticos”¹⁷⁶.

En la conferencia, el secretario de Estado respondió que la primera parte de la nota estaba “tan de acuerdo a los buenos principios, que no sería dictada de otro modo por el ministerio español”. Pero cuando se encaraba la segunda parte, —la aplicación de esos principios al caso particular de Nápoles—, “envolvía una contradicción que anulaba la primera”. Porque si la regla general establecida reconocía como excepción las medidas de Austria respecto de Nápoles, “estaba barrenado el principio, debía temerse que en cualquier momento la prepotencia o la ambición, quisieran aprovecharse de esas excepciones para hacer otra injusta aplicación”. Los dos coincidieron en el rigor del principio, pero el embajador inglés volvió a insistir en la excepción, en el caso de Austria, a lo que el secretario de Estado, respondió con el mismo argumento. Sir Henry Wellesley manifestó que no era intención de Gran Bretaña intervenir en los asuntos españoles. La entrevista finalizó agradeciendo el ministro español la atención de la presentación de la circular, pero dejando en claro que el ministerio inglés ha sacrificado en ella, a “contemplaciones, miramientos y consideraciones de política, la lógica, la consecuencia y la justicia”¹⁷⁷.

El gobierno español sostiene que el principio que sustenta Inglaterra, queda anulado con la excepción establecida en el caso de Nápoles, que confiere legalidad a dicha intervención. Para evitar que llegado el momento, se establezca una nueva excepción con Es-

¹⁷⁶ Pérez de Castro al Duque de Frías, Palacio, 20.II.1821, A. H. N., Est. 5472.

¹⁷⁷ *Ibid.*, Est. 5472.

paña, el gabinete de Madrid se apresura a solicitar seguridades a los gobiernos inglés y francés, de que no intervendrán en los problemas internos de la península.

Seguridades inglesas

El gobierno francés otorgó seguridades por escrito, que no se mezclaría en los asuntos internos de la península. Se le solicita a Frías que obtenga las mismas seguridades del gobierno inglés y que se haga saber a ese gabinete, que se da por descontado que los principios establecidos en la circular de no intervención, los aplicará a España. El gobierno español insiste en el argumento que si Francia, llevada por un sentimiento de justicia, "se explica tan claramente, Inglaterra, no puede ser menos". Se trata de averiguar si el gobierno inglés reconoce que el principio que se aplica a Nápoles, "no debe, ni puede ser aplicado a la España por potencia alguna y si ese gobierno daría las seguridades por escrito".

Frías tratará de dar cumplimiento a las órdenes, pero reconoce que es difícil obtener las seguridades por escrito, no será posible obtener mayores ventajas que las conseguidas "después de las evasivas y ambiguas explicaciones arrancadas en Londres, y considerando la disminución del valor intrínseco y relativo, de nuestra interposición a favor del derecho de gentes"¹⁷⁸. Pero en un nuevo intento, Frías se entrevista con el secretario de Estado inglés, e insiste que la segunda parte de la circular se presta a interpretaciones equívocas, por eso esperaba que Inglaterra diera una explicación terminante, como la que se había recibido en Madrid, del gobierno francés. El lord le respondió, que el principio estaba sentado en general, que no valía para casos particulares; no lograron ponerse de acuerdo¹⁷⁹.

Finalmente, Frías recibe nueva orden de insistir en las seguridades y a propósito de ellos formula su opinión sobre la política inglesa, con mucho realismo. Cree que no conseguirá nada más después de la circular, que es "la respuesta general a cuanto se hable sobre *interferencia extranjera*, ya por los amigos del régimen constitucional, ya por los de la *dictadura* establecida en Troppau. Este célebre documento contiene cuántas puede desearse por parte del

¹⁷⁸ Frías a Pérez de Castro, Londres, 23.II.1821, A. H. N., Est. 5472, 390.

¹⁷⁹ Frías a Pérez de Castro, Londres, 13.III.1821, A. H. N., Est. 5472, 418.

gobierno inglés, para no dar la razón a nadie ni quitarla”¹⁸⁰. Según Frías el país que goza de libertad debe guardarlo, para que no sea “profanado por *arbitrarios reguladores*”. El gobierno inglés no está dentro de la categoría de los de Troppau, pero tiene reglas “de las cuales no se sale jamás, como que su conducta y opiniones son más bien de oficio que *personales*”. Una vez que se ha definido es muy difícil que vuelva a pronunciarse otra vez, sobre un caso particular. Las declaraciones “generales sirven de escudo y le protegen, cuando las circunstancias le obligan a actuar en sentido claro”. Inglaterra está dispuesta a “proteger las naciones y a respetar el derecho de interferencia, en tanto no se oponga a sus intereses”.

La interpretación que sintetiza la opinión de Frías, es que Inglaterra no quiso dejar de ayudar a Austria, “pues lo que le había dicho el ministro inglés, era que el Austria parecía obrar conforme a él”. Por otro lado como los planes del gabinete inglés eran “oponerse por todos los medios al engrandecimiento de Rusia”, como Inglaterra no está en esos momentos en condiciones de llevar a cabo una guerra, “nadie mejor que Austria puede contribuir a que se cumplan los objetivos de este gabinete, por eso posiblemente le prometa ayudarla en sus posesiones en Italia”¹⁸¹.

Estos son los verdaderos principios ingleses, principios que serían para amparar intereses, se declaraban en beneficio de los intereses comunes de Europa, y sólo servían para defender los intereses de Inglaterra.

HEBE PELOSI

(Continuará)

¹⁸⁰ Frías a J. de Anduaga, Londres, 9.IV.1821, A. H. N., Est. 5472, 453, el subrayado pertenece al texto.

¹⁸¹ Onís a Bardaxí, Londres, 16.X.1821, A. H. N., Est. 5472, 95.